

EL MAYOR CARADURA DE LA GALAXIA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



EL MAYOR CARADURA DE LA GALAXIA

Joseph Berna

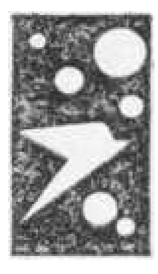
CIENCIA FICCION

JOSEPH BERNA

EL MAYOR CARADURA DE LA GALAXIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 391 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

386 — *Policía robótica.* Glenn Parrish.

387 — Pánico en el planeta X. Curtis Garland.

388 — *La ira del espacio.* Clark Carrados.

389 — *Supervivencia.* Ralph Barby.

390 — Caravana a las estrellas. Glenn Parrish.

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B, 46.978 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

impreso en los Talleres Di ático:, de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Año 2075.

La «Semíramis», una modernísima astronave, de servicio comercial, había partido de la Tierra unas horas antes.

Su destino, Marte.

Eran ya numerosas las colonias terrestres en el planeta Marte.

También en Venus.

Y en otros planetas del Sistema Solar, como Mercurio, Júpiter, Saturno, así como en algunos de sus satélites.

La avanzada tecnología de los terrestres había permitido superar las dificultades climatológicas que ofrecían todos y cada uno de estos planetas y satélites, haciendo posible la vida en ellos.

A bordo de la «Semíramis» viajaban ciento diez personas.

Un centenar justo, eran pasajeros.

Las otras diez, miembros de la tripulación.

Esta estaba compuesta por cinco hombres y otras tantas mujeres, todas ellas con la exclusiva misión de atender a los pasajeros y hacerles grato el viaje.

Cinco bellas y esbeltas muchachas, de edades comprendidas entre los veintiuno y los veinticinco años.

Sus uniformes de azafata eran una monada.

Liviana blusa de color azul celeste y manga corta, faldita amarilla y botas blancas, de media caña.

La brevedad de la falda, les permitía mostrar sus maravillosas piernas, de largos y torneados muslos, enfundadas en finas medias de seda.

En el lado izquierdo de la blusa, justo sobre el seno, llevaban prendida una tarjeta de plástico, donde podía leerse el nombre de la astronave y el de la chica.

Los cien pasajeros viajaban en cómodas butacas extensibles.

Estas formaban dos hileras.

En la de la derecha había veinte tilas de dos butacas, sumando un total de cuarenta pasajeros. En la de la izquierda, veinte filas de tres butacas, acomodando a los otros sesenta pasajeros.

Por el largo pasillo que quedaba entre ambas hileras, deambulaban las atractivas azafatas, siempre atentas a satisfacer cualquier deseo que les formulasen los pasajeros.

Que solían ser bastantes, pues el viaje, si todo transcurría con normalidad, duraba treinta y seis horas, y eso eran muchas horas.

Bebidas, periódicos, revistas, golosinas...

Cualquier cosa que pudiera distraerles, y hacerles menos pesado el viaje.

Uno de los pasajeros, un tipo de mediana edad, bajo y grueso, que ocupaba una de las butacas que formaban el pasillo, accionó el mecanismo que tenía a su derecha y el respaldo de la butaca se elevó suave y silenciosamente, hasta erguirse casi por completo.

Una de las azafatas, rubia, de ojos azules, se le acercó solícita.

—¿Desea alguna cosa, señor? —preguntó, dibujando una encantadora sonrisa con sus labios, rojos y sensuales.

«Comérmela a besos», pensó el gordo, posando un instante la mirada en los senos de la joven, firmes y agresivos.

Fue una respuesta menta!, naturalmente.

No podía decir en voz alta una cosa así.

El tipo se fijó en la tarjeta de plástico que llevaba la azafata sobre el seno izquierdo.

«Quién fuera tarjeta», pensó, mientras leía el nombre de la chica.

Se llamaba Virginia Kendall.

—Voy a pedirle un favor, Virginia —dijo el gordo, al tiempo que extraía una pequeña llave del bolsillo derecho de su chaqueta.

—Lo que sea, señor.

—John Meeker es mi nombre —dijo el tipo, con una sonrisa.

—Dígame lo que desea, señor Meeker.

—Que vaya al compartimiento de equipajes, abra mi maleta, y me traiga el libro que tengo en ella. Lo verá en seguida, lo puse encima del todo, sobre la ropa. Tenga, ésta es la llave.

—Necesito también el resguardo, señor Meeker.

—¿De la facturación del equipaje?

—Sí, señor Meeker. Los equipajes se colocan en el compartimiento por orden de numeración, y si no sé qué número lleva el suyo...

—Comprendo. Un momento, lo puse en la cartera.

El gordo se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, extrajo su cartera y la abrió, sacando el resguardo del equipaje.

—Aquí tiene, señorita —sonrió, entregándole la hojita amarilla.

—Gracias, señor Meeker.

—Gracias a usted, Virginia, por ser tan amable, tan simpática, tan bonita, y tan... Bueno, tan todo.

La bella azafata no pudo contener una risita.

—Voy por su libro, señor Meeker.

—Sí, vaya, vaya...

Virginia Kendall echó a andar por el pasillo, en dirección al compartimiento de equipajes.

John Meeker clavó la mirada en las formidables caderas de la azafata rubia, que ella movía con gracia.

Le entraron ganas de levantarse de la butaca y seguirla hasta el compartimiento de equipajes, pero se contuvo.

A los pasajeros no les estaba permitido entrar allí.

La azafata cruzó una puerta, desapareciendo del alcance visual de los pasajeros.

Segundos después, entraba en el compartimiento de equipajes.

Miró el resguardo que llevaba en las manos.

Tenía el número 86.

Virginia Kendall observó un instante los numerosos equipajes y luego se acercó al lugar en donde calculó que debía encontrarse la maleta de John Meeker.

Se inclinó, para mirar el número de una de las maletas.

Lo hizo sin flexionar las rodillas.

Y lo hizo así porque sabía que no había nadie más en el compartimiento de equipajes.

No tenía, pues, la menor importancia que, al agacharse sin doblar las piernas, mostrase totalmente las caras posteriores de los muslos y parte del sucinto *slip,* de color rojo.

Como nadie podía verla...

Eso creía ella.

Pero estaba equivocada.

Si había alguien más en el compartimiento de equipajes, y si la azafata no lo descubrió, se debió a que ese alguien se hallaba escondido entre los equipajes.

Detrás de un gran baúl, concretamente.

Se trataba de un tipo de unos veintiocho años, cabello oscuro, abundante, ojos verdes, mentón firme. Llevaba una cazadora negra, de elástica fibra, abierta la cremallera, dejando ver una camisa verde. El pantalón era gris, y los zapatos, marrones.

El tipo sí había visto entrar a la azafata.

En principio, decidió encogerse lo más posible detrás del baúl, para no verse descubierto.

Pero la chica era tan hermosa…

Sí, no pudo resistir la tentación, y asomó ligeramente la cabeza por encima del baúl.

La azafata le daba la espalda.

Y lo que no era la espalda.

Sí, porque Virginia Kendall seguía inclinada, revisando los números de los equipajes, para dar con el 86.

Los ojos del tipo de la cazadora negra brillaron, al tiempo que sus labios se distendían en una sonrisa.

Le gustaba lo que estaba viendo, no había duda.

Inconscientemente, puso el codo izquierdo sobre el baúl y apoyó la cabeza en la mano.

Cuando una cosa bonita se mira cómodamente, resulta mucho más bonita.

Y que las piernas de la azafata eran bonitas, eso estaba fuera de toda duda.

Virginia Kendall encontró al fin la maleta de John Meeker.

La puso tumbada sobre otras dos maletas, introdujo la pequeña llave en la cerradura y la hizo girar, accionando seguidamente los resortes que hacían saltar los cierres.

Levantó la tapa, cogió el libro, y cerró nuevamente la maleta, con llave, dejándola a continuación en posición vertical, donde estaba antes.

Todo ello lo hizo sin cambiar de posición.

Esa fue la razón de que, al erguirse y volverse, sorprendiera al tipo de la cazadora negra, quien continuaba con el codo zurdo sobre el baúl y la cabeza apoyada en la mano.

La sorpresa fue tan grande, que Virginia Kendall se quedó paralizada, con los ojos dilatados y la boca abierta.

La expresión de estupor de la azafata devolvió al tipo a la realidad, quien dio un nervioso respingo y desapareció tras el enorme baúl en

una fracción de segundo.

Pero ya era tarde, claro.

La azafata le había descubierto.

Tras unos segundos de lógico desconcierto, Virginia Kendall fue resueltamente hacia el baúl y observó al tipo de la cazadora negra.

El la miró a su vez, nerviosamente.

Lo único que se le ocurrió al tipo fue levantar la mano derecha y mover los dedos, a modo de saludo.

—Hola... —dijo, forzando una sonrisa.

—¿Quién es usted? —interrogó la azafata, muy seria.

—Bruce Jenkins, para servirla.

—Póngase en pie —ordenó Virginia.

—En seguida.

Bruce Jenkins se levantó.

Era un tipo alto, algo más de 1,90 de estatura, de complexión atlética.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —inquirió Virginia Kendall.

—Sería muy largo de contar —suspiró Bruce Jenkins.

—Es un polizón, ¿verdad?

—Sí, creo que así llaman a quienes se embarcan clandestinamente...

—¿Por qué lo hizo usted?

—Porque no podía pagarme un pasaje a Marte. Son carísimos...

—Tendré que dar cuenta de usted al comandante.

—No lo haga, por favor —pidió Bruce Jenkins, cogiéndola de un brazo.

—Suélteme.

—Escúcheme antes, Virginia —rogó el polizón, que va había leído el nombre de la azafata en la tarjeta de plástico.

—Primero, suélteme el brazo, y luego hable.

Jenkins la soltó.

Virginia Kendall alzó ligeramente la barbilla.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, señor Jenkins?

—En primer lugar, que no me llame señor Jenkins, sino Bruce.

—Hable, Bruce.

—Virginia, no debe usted delatarme...

—Lo que no debo es silenciar su presencia a bordo de la astronave.

—Si me delata, en cuanto lleguemos a Marte, el comandante me entregará a las autoridades...

—Supongo que usted ya sabía que se exponía a eso, cuando se introdujo clandestinamente en la astronave,

—Sí, sabía que corría ese riesgo.

—Entonces, no se lamente.

—Si me delata al comandante, tendrá usted remordimientos, Virginia.

—¿Remordimientos...?

—Seguro que sí. No olvide que he sido descubierto por su culpa. Si no se hubiese usted agachado de un modo tan provocativo, yo no me hubiera quedado embobado mirándole las piernas, y usted no me habría descubierto.

La azafata enrojeció intensamente.

—¡Me incliné así porque pensaba que estaba sola en el compartimiento!

—Pero estaba yo, Virginia —tosió Jenkins.

—¡No debía estar!

—Pero estaba, insisto.

Virginia Kendall, furiosa, quiso dar media vuelta, pero Bruce Jenkins volvió a atraparla por un brazo.

—Espere, Virginia.

—¡No quiero esperar!

—¿Va usted a delatarme?

—¡Sí! ¿Lo ha oído bien?

—¿No siente pena por mí?

—¡Ninguna!

—Qué dura es usted.

—¡Más lo es su cara!

—No me delate, y le doy un beso.

La propuesta de Bruce Jenkins enfureció aún más a la azafata.

—¡Lo dice como si fuera un premio para mí!

—Lo sería, no lo dude.

—¡Maldito presuntuoso…!

—Yo sé besar muy bien, de veras. ¿Sabe quién fue mi profesora?

—¡Ni lo sé ni me importa!

—De todos modos, se lo diré. Una tal Yolanda *Besos Mil* Y puedo dar fe de que sabe besar de mil maneras distintas. ¿Quiere que le haga una pequeña demostración, de lo mucho que aprendí de ella?

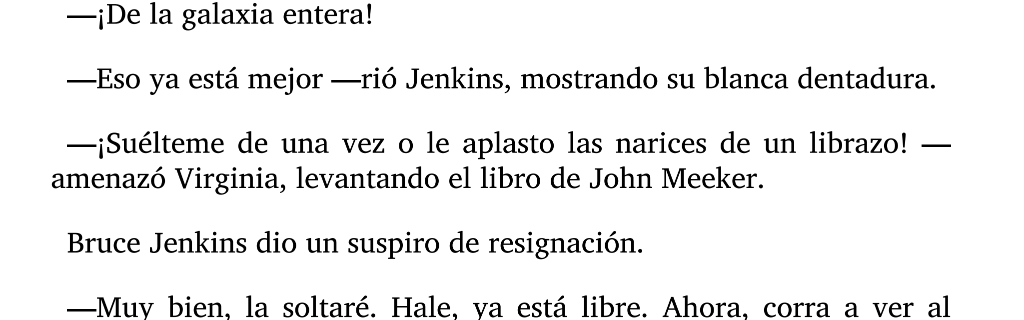
Los ojos de Virginia Kendall chisporrotearon.

—¡Es usted el mayor caradura de la Tierra, Bruce Jenkins!

—¿Sólo de la Tierra…? —repuso irónicamente el polizón.

—¡De todo el Sistema Solar!

—Todavía me parece poco.



—¡De la galaxia entera!

—Eso ya está mejor —rió Jenkins, mostrando su blanca dentadura.

—¡Suélteme de una vez o le aplasto las narices de un librazo! —amenazó Virginia, levantando el libro de John Meeker.

Bruce Jenkins dio un suspiro de resignación.

—Muy bien, la soltaré. Hale, ya está libre. Ahora, corra a ver al comandante. Pero antes, quiero que sepa que le he mentido.

—¡Encima, embustero!

—Mentí porque no quise asustarla.

—¿Asustarme?

—Sí, Virginia... Si me embarqué clandestinamente, no fue porque no pudiera pagarme un pasaje a Marte, sino porque... soy un fugitivo de la justicia.

CAPITULO II

Virginia Kendall agrandó sus preciosos ojos azules.

—¿Un fugitivo de la justicia...? —balbució.

Bruce Jenkins cabeceó afirmativamente.

—Sí, Virginia. Me busca la policía.

—¿Por qué?

—Asesinaron a un tipo importante, y otro tipo, no menos importante, pretende echarme las culpas a .mí.

—¿No lo mató usted, Bruce?

—No,

—¿Seguro?

—Se lo juro por lo más sagrado.

—Entonces, ¿por qué huye? Si es usted inocente, lo más sensato es que se entregue a la policía.

Bruce Jenkins sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Virginia; eso sería un error. El fulano que se cargó al tipo importante, pagado por el otro tipo importante, hizo las cosas de modo que hasta un niño de pecho sospecharía de mí. Dejó pruebas por todas partes. Falsas, por supuesto. Pero ¿cómo les meto yo en la sesera a los de la policía que esas pruebas son falsas? No lo conseguiría, por mucho que me esforzase, como tampoco lograría convencer posteriormente al jurado de mi inocencia, y el juez me enviaría a prisión para el resto de mis días. No quiero ir a prisión, Virginia. Soy tan joven...

—¿Cuántos años tiene? —preguntó la azafata, casi sin darse cuenta.

—El mes que viene cumpliré los veintiocho. ¿Y usted?

—Yo tengo veintidós.

—Veinticuatro.

Virginia Kendall apretó los labios.

—¿Está insinuando que me quito años?

—Oh, no... —sonrió Jenkins—. Digo que veinticuatro besos le daría yo, si usted me dejara...

—¿Cómo puede tener ganas de bromear, en la situación en que se encuentra?

—¿Y quién ha dicho que esté bromeando? Es usted una chica preciosa, Virginia, y tiene unos labios que incitan al beso.

—También tengo dos manos.

—Claro, como todo el mundo, excepto los mancos... ¿Por qué me lo recuerda?

—Para que sepa que puedo darle un par de buenas bofetadas, si llega el caso.

—¿Y por qué razón iba usted a abofetearme, Virginia...?

—Que tiene usted la cara muy dura, está fuera de toda duda. Y de un caradura puede esperarse cualquier cosa.

Bruce Jenkins sonrió.

—No tiene nada que temer de mí, Virginia.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Sigue pensando en delatarme?

Virginia Kendall no respondió.

Unos segundos después, preguntaba a su vez:

—¿Por qué viaja a Marte, precisamente?

—Porque en Marte se encuentra el fulano que liquidó al tipo importante.

—¿Cómo lo sabe?

—Logré averiguarlo. El otro tipo importante, el que lo contrató

para cometer el asesinato, le ordenó que se largara a Marte una temporada, hasta que yo fuese juzgado y condenado. Sin duda, temía que yo pudiera escabullirme de manos de los agentes que vinieron a prenderme, como así sucedió, y buscara al asesino contratado por él. Sabe perfectamente que ése sería el único modo de demostrar mi inocencia: atrapar al fulano y obligarle a confesar su crimen y el nombre de la persona que le pagó para que lo cometiera. A eso voy a Marte, Virginia...

—A atrapar al asesino...

—Sí. De que lo consiga o no, depende mi futuro. Futuro que, por otra parte, está en sus manos, Virginia... Si me delata usted, se acabó todo. Las autoridades de Marte me reportarán a la Tierra, donde seré juzgado y condenado a cadena perpetua, por un delito que no cometí... En cambio, si hace usted la vista gorda...

Virginia Kendall se mordió los labios nerviosamente.

—Si hago la vista gorda, como usted dice, me juego el empleo. Bruce...

—¿Por qué? Nadie sabrá nunca que usted me descubrió y lo silenció, porque yo no se lo diré a nadie, tanto si me atrapan al llegar a Marte como si no.

—Pero es que yo tengo la obligación de delatarle, Bruce...

—Haga lo que le dicte su conciencia, Virginia. Si cree que debe dar cuenta de mí al comandante, hágalo. Pero no olvide que con ello me manda usted a prisión para toda la vida, mientras el verdadero asesino, y el tipo que lo contrató, continúan en libertad, riéndose de mí.

Virginia Kendall permaneció casi un minuto en silencio, mirando fijamente al polizón. Después, dio media vuelta lentamente y caminó hacia la puerta, saliendo del compartimiento de equipajes.

Absorta en sus pensamientos, fue hacia la butaca que ocupaba John Meeker.

—Su libro, señor Meeker —murmuró, entregándoselo, junto con la llave de la maleta y la hojita amarilla.

El gordo se quedó mirándola, con raro gesto.

—¿Le ocurre algo, Virginia?

—¿A mí?

—Se diría que ha visto usted un fantasma…

La azafata forzó una sonrisa.

—A bordo de la «Semíramis» no hay fantasmas, señor Meeker.

—Ya sé que no, pero…

—¿Desea alguna cosa más, señor Meeker?

—Por el momento nada más, gracias.

Virginia Kendall se alejó.

Como seguía distraída, tropezó con una de sus compañeras.

—¡Virginia! —exclamó la chica, que tenía el pelo castaño, muy corto, y portaba una pequeña bandeja metálica con dos bebidas.

Bandeja y vasos estuvieron a punto de irse al traste.

Fue realmente milagroso que no cayesen al suelo.

—Lo siento, Angela —dijo nerviosamente Virginia.

—¿En qué ibas pensando, chica?

—No sé, me distraje…

Angela sonrió pícaramente.

—Se trata del tipo, ¿verdad? —dijo, bajando la voz.

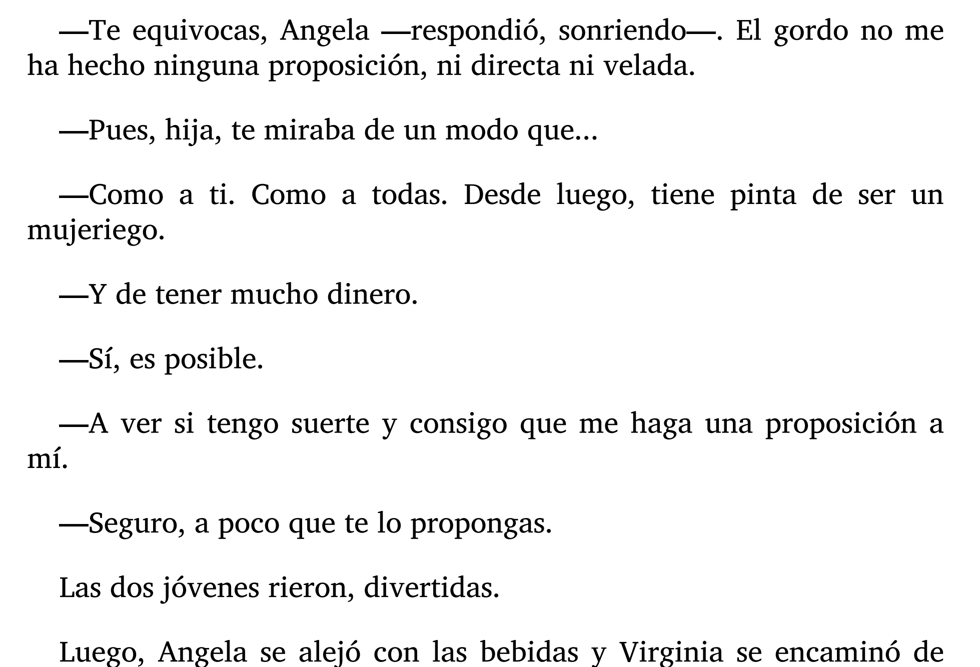
Virginia no pudo reprimir un respingo.

—¿Tipo…? ¿Qué tipo?

—¡El gordo, naturalmente! Te, ha hecho una proposición más o menos velada, ¿a que sí?

Virginia Kendall suspiró, aliviada.

Por un momento, había creído que su compañera se refería a Bruce Jenkins, el polizón, el fugitivo de la justicia.



—Te equivocas, Angela —respondió, sonriendo—. El gordo no me ha hecho ninguna proposición, ni directa ni velada.

—Pues, hija, te miraba de un modo que...

—Como a ti. Como a todas. Desde luego, tiene pinta de ser un mujeriego.

—Y de tener mucho dinero.

—Sí, es posible.

—A ver si tengo suerte y consigo que me haga una proposición a mí.

—Seguro, a poco que te lo propongas.

Las dos jóvenes rieron, divertidas.

Luego, Angela se alejó con las bebidas y Virginia se encaminó de nuevo hacia el compartimiento de equipajes.

Segundos después, entraba en él.

Fue directamente hacia el enorme baúl.

La azafata se llenó de sorpresa al ver que tras el baúl no había nadie.

Miró nerviosamente hacia todos lados.

—¡Bruce!

El polizón no respondió.

—¡No tiene por qué esconderse, Bruce! ¡No pienso delatarle!

Por detrás de una caja asomó el rostro de Bruce Jenkins.

—¿Es eso cierto, Virginia?

—Sí, hombre, no tema. Vamos, salga de ahí.

Jenkins abandonó su nuevo escondite y se acercó a la joven, muy sonriente.

—Sabía que no me delataría usted, Virginia.

—Estuve a punto de hacerlo, no crea.

Tiene usted cara de ser buena persona.

—La suya, en cambio, no inspira demasiada confianza.

—No diga eso.

—Es la verdad.

—Lo que sucede es que usted está todavía un poco enfadada conmigo, porque le vi las piernas.

—Algo más que las piernas —rectificó Virginia Kendall, ruborizándose levemente.

Jenkins carraspeó.

—Muy poco más, de veras.

—Estuvo muy feo lo que hizo, Bruce.

—Le da usted más importancia de la que realmente tuvo, Virginia.

—Y usted menos.

—No discutamos, por favor —rogó Jenkins—. Me está ayudando usted, y quiero que seamos amigos.

—Lo veo difícil.

—¿Por qué?

—Es usted demasiado fresco.

—Sólo tengo un defecto, Virginia: que me gustan las chicas bonitas. Y eso, realmente, es más una virtud que un defecto, ¿no le parece?

—A mí no me parece nada.

—Acabaremos simpatizando, ya lo verá.

—Lo dudo.

—Tengo hambre, Virginia.

—¿Cómo?

—Digo que tengo hambre. ¿No podría usted conseguirme algo que llevarme a la boca...?

Virginia Kendall sonrió con ironía.

—Como no se lleve el pulgar...

—El pulgar se lo chupan los tontos.

—Sí.

Bruce Jenkins puso cara de lástima.

—Virginia, el viaje durará treinta y seis horas...

—Aproximadamente, sí.

—Desfalleceré de hambre, si usted no me proporciona alimentos...

—Nadie desfallece, por estar día y medio sin comer. —Yo sí, Virginia. Soy muy comilón...

La joven dio un suspiro.

—Está bien, veré qué se puede hacer.

—Gracias, Virginia. Es usted una chica estupenda. Y, además, lo está.

—Menos piropos o le traigo sólo una bolsita de avellanas.

Bruce Jenkins rió.

—Poco alimento sería ése, diablos.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer.

—No volver a piropearla.

—Exacto.

—Descuide, no lo haré.

—Ocúltese de nuevo. Bruce. En cuanto pueda, volveré con unos emparedados.

—Que sean de jamón.

—Qué cara… —rezongó la azafata.

—Bueno, también me gustan los de queso…

—¡Cállese o se los traigo de lechuga!

—¡Que no soy un conejo, Virginia…!

—¡Escóndase de una maldita vez, Bruce! —ordenó la joven, masticándolo con la mirada.

Bruce Jenkins corrió a esconderse tras el baúl. Cuando lo vio oculto, Virginia Kendall giró sobre sus talones y salió del compartimiento de equipajes.

CAPITULO III

La «Semíramis» se encontraba tan sólo a unos quince minutos del planeta Marte.

Marte...

Un pequeño mundo, con un diámetro de 6.800 kilómetros y una masa equivalente a tan sólo una décima parte de la terrestre.

El color rojo sangre que lo distingue explica por qué en la antigüedad le dieron el mítico nombre de dios de la guerra.

Marte tiene dos pequeños satélites: Deimos y Fobos.

Su diámetro es inferior a los quince kilómetros.

Deimos significa «terror», y Fobos, «miedo».

Marte tiene una atmósfera muy tenue, compuesta en su mayor parte por dióxido de carbono, con sólo 0,1 por ciento de oxígeno, y con escasísimo vapor de agua.

Esta carencia casi total de oxígeno obligaba a los terrestres a construir sus ciudades bajo gigantescas cúpulas transparentes, de material muy sólido.

Por las ciudades, podía deambularse tranquilamente sin necesidad de utilizar máscaras de oxígeno, pues en el interior de las herméticas cúpulas la atmósfera era normal. Sólo se recurría a las botellas de oxígeno cuando había que salir de las ciudades, excepto cuando se hacía en vehículos acondicionados, en cuyo interior se podía respirar normalmente.

La «Semíramis» seguía aproximándose a Marte, a gran velocidad.

La puerta automática del compartimiento de equipajes se abrió silenciosamente, dando paso a Virginia Kendall.

Bruce Jenkins, al ver a la bella azafata, abandonó su escondite.

—¿Alguna novedad, Virginia?

—Estamos llegando a Marte, Bruce —informó la ¡oven.

—¡Qué grata noticia! ¿Cuánto tardaremos en tomar tierra, aproximadamente?

—Unos quince minutos.

—Magnifico.

—¿Ya tiene pensado cómo salir de la astronave, sin que nadie le vea?

—La verdad es que no… Pero ya se me ocurrirá algo, no se preocupe.

—No le será fácil, Bruce

—Tampoco era fácil introducirse en ella sin ser visto, y yo lo logré. Soy un tipo de muchos recursos —sonrió Jenkins.

—Tal vez, si se hiciera pasar por alguno de los pasajeros… —sugirió la azafata.

—Dígame usted el nombre de alguno de ellos, por si acaso me viese obligado a utilizarlo.

—John Meeker.

Bruce Jenkins dio un exagerado respingo.

—¿Cómo ha dicho?

—John Meeker —repitió Virginia Kendall, extrañada—, ¿Le dice algo ese nombre, Bruce?

—¿Que si me dice? ¡John Meeker es el tipo importante que contrató al fulano que se cargó a George Weston, el otro tipo importante!

—¡No! —exclamó la azafata, agrandando los ojos.

—¿Es bajo y grueso, de mediana edad, y viste con distinción? —pregunto Jenkins.

—¡Sí!

—¡Entonces no hay duda, es el John Meeker que yo conozco!

—Qué casualidad, Bruce...

—Bueno, analizando fríamente la cuestión, no resulta tan sorprendente... John Meeker debió enterarse de que burlé a los agentes que vinieron a detenerme, decidió viajar a Marte para informar al asesino. Incluso puede que sepa que yo averigüé que el fulano se hallaba en Marte... Sí, seguro que lo sabe. Esa debe de ser la razón de su viaje; prevenir al asesino... ¿Viaja solo, Virginia?

—No, creo que no. A su lado viajan dos tipos altos y corpulentos, de rostro poco agradable, con los que conversó bastante durante el viaje. Y subieron juntos a la astronave, lo recuerdo muy bien.

Bruce Jenkins apretó las mandíbulas,

—Perry Moore y Frankie Spicer...

—¿También los conoce? —preguntó Virginia.

—Sí, los conozco. Son dos matones sin escrúpulos. Trabajan para Meeker.

—Muy difíciles se le están poniendo las cosas, Bruce.. —observó la joven.

—Bueno, según se mire. Por una parte, me perjudica la llegada de Meeker y sus gorilas, no cabe duda. Por otra, sin embargo, me beneficia. ,

—¿En qué le beneficia, Bruce?

—Yo sabía que el asesino de George Weston se hallaba en .Marte, pero, lógicamente, ignoraba dónde exactamente. Encontrarlo, me hubiera llevado bastante tiempo. Ahora, en cambio, sabré muy pronto en qué lugar de Marte se encuentra. Me bastará con seguir a Meeker y sus matones. Ellos me conducirán hasta él. Claro que...

Al ver que Bruce Jenkins se interrumpía, Virginia Kendall preguntó:

—¿Qué iba a decir, Bruce?

Jenkins la miró.

—Tengo un problema, Virginia.

—Yo creo que tiene varios. Y todos muy gordos.

—No se burle.

—No me burlo. ¿A qué problema se refería?

—Yo no podré salir de la astronave antes que Meeker y el par de bestias que tiene a sus órdenes. Quizá no pueda hacerlo hasta mucho después. Lo más probable es que, cuando lo consiga, Meeker y sus gorilas hayan desaparecido. Si es así, no podré seguirles...

—No, claro.

—¿Querría usted hacerme un favor, Virginia?

—¿Más favores, todavía?

—Este sería el último, se lo aseguro.

Virginia Kendall suspiró.

—¿De qué se traía esta vez?

—Quiero que siga a esos tres hombres.

—¿Seguirlos...? —respingó la azafata.

—Sí.

—¡Ni hablar!

—Virginia...

—¡Que no, Bruce, que no! Sería demasiado peligroso.

—Usted no correría peligro alguno, Virginia. Los tipos ni siquiera sospecharían que usted...

—Le ruego que no insista, Bruce. Ya he hecho demasiadas cosas por usted, no me pida más.

Jenkins exhaló un suspiro.

—Está bien, olvídelo.

—Tengo que irme, Bruce. He de atender a los pasajeros.

—Sí, claro.

La joven le tendió la mano.

—Suerte, Bruce.

—Gracias, Virginia —sonrió Jenkins, estrechándosela—, Jamás olvidaré lo que ha hecho por mí,

—Espero que sirva para algo.

—Quizá volvamos a vernos.

—Quizá.

Virginia Kendall rescató su mano y caminó hacia la puerta, saliendo del compartimiento de equipajes.

* * *

La «Semíramis» aterrizó en el aeropuerto espacial de Cosmosville, la ciudad más importante de Marte.

Su importancia se debía precisamente a eso, a tener muy cerca de ella el único aeropuerto comercial que había en el planeta.

Las astronaves de todas las compañías comerciales tenían forzosamente que aterrizar y despegar en el aeropuerto espacial de Cosmosville.

Desde allí, los pasajeros cuyo destino definitivo no era Cosmosville, no tenían dificultades para trasladarse a las otras ciudades de Marte en pequeñas naves, pues podían alquilarlas en el mismo aeropuerto por unas cantidades nada abusivas.

La «Semíramis» se deslizó suavemente sobre la pista, en dirección a un gigantesco hangar, cuya descomunal puerta se abrió, accionada por control remoto, para dar paso a la astronave.

Cuando ésta estuvo en el interior del hangar, la puerta se cerró lentamente.

Entonces, se puso en funcionamiento un complicado mecanismo, cuya misión era transformar la tenue atmósfera marciana en atmósfera de características similares a la terrestre, lo cual logró en un breve espacio de tiempo.

Cuando los indicadores correspondientes señalaron que había el suficiente oxígeno en el gigantesco hangar, como para poder respirar con absoluta normalidad, se abrió una puerta interior y apareció el personal técnico del aeropuerto, para ocuparse de la «Semíramis».

La puerta.de salida de pasajeros de la astronave se abrió y una escalerilla metálica surgió por debajo de ella, lenta y silenciosamente, hasta posarse en el suelo.

Dos de las azafatas descendieron rápidamente y una vez abajo se situaron cada una de ellas a un lado de la escalerilla, por donde ya comenzaban a descender los pasajeros.

En unos pocos minutos, todos habían desembarcado, abandonando el hangar.

Mientras tanto, el personal encargado de trasladar los equipajes a la oficina en donde debían ser retirados por los pasajeros, había puesto manos a la obra.

La puerta exterior del compartimiento de equipajes de la «Semíramis» había sido abierta, y éstos estaban siendo cargados en el moderno vehículo que debía trasladarlos a la oficina correspondiente.

Virginia Kendall, que era una de las dos azafatas que habían despedido a los pasajeros al pie de la escalerilla, permaneció muy atenta a la puerta exterior del compartimiento de equipajes, para ver si Bruce Jenkins la utilizaba para salir de la astronave.

Pero no.

La totalidad de los equipajes fueron desembarcados y la puerta exterior del compartimiento fue cerrada, sin que Bruce Jenkins se atreviera a utilizarla para abandonar la «Semíramis».

Gomo tampoco había desembarcado confundido entre los pasajeros, Virginia Kendall llegó fácilmente a la deducción de que Bruce Jenkins seguía a bordo de la astronave, oculto en un lugar distinto al utilizado hasta entonces,

Sin duda esperaría a abandonarla cuando la astronave estuviese solitaria, y, para entonces, John Meeker y sus matones ya se habrían largado del aeropuerto.

—¿Qué haces ahí, clavada como un poste? —dijo de pronto una voz.

Virginia Kendall se volvió, respingando ligeramente.

—Hola, Angela —sonrió a su compañera.

—¿Es que piensas quedarte aquí, viendo cómo los mecánicos revisan los motores de la astronave?

—Por supuesto que no —rió Virginia.

—Toma, aquí tienes tu maletín —dijo Angela, entregándole uno de los dos que portaba.

—¿Por qué me lo has bajado? —se extrañó Virginia, cogiendo su maletín.

—Para evitarte el tener que subir por él. Y también para que no perdamos más tiempo.

Virginia Kendall volvió a sonreír, esta vez con cierta ironía.

—Tienes prisa por estar en Cosmosville, ¿eh?

—Sí, mucha —confesó Angela—. Cosmosville es una ciudad preciosa, y muy divertida. Esta noche pienso pasármelo bomba.

—¿Con el tipo gordo?

—¡Oh, no! Con ese tipo tal vez consiguiese unos cuantos billetes de los grandes, pero ningún placer…

Además, tampoco a mí me hizo ninguna proposición, debo confesarlo. Mucho fijarse en mi busto y en mis caderas, pero no dijo esta boca es mía. ¿Y sabes una cosa? Me alegro de que no lo haya hecho. No ando escasa de fondos, y lo que realmente deseo es trabar amistad con un tipo joven y apuesto, que sepa besar bien y hacer el amor mejor todavía.

Virginia Kendall pensó en Bruce Jenkins.

—Quizá te lo presente yo, Angela.

—¿De veras…? —pestañeó la azafata de pelo castaño.

Virginia rompió a reír.

—¡Venga, vámonos de aquí! —dijo, cogiendo del brazo a su compañera y tirando de ella.

CAPITULO IV

Alice Owens era una mujer de esas en quienes los hombres suelen fijarse muy poco.

Mejor dicho, nada.

Excesivamente alta, desgarbada, pómulos muy pronunciados, nariz demasiado larga, y, para colmo, ligeramente ganchuda, labios delgadísimos, mentón afilado como la punta de un sable...

Alice Owens había cumplido ya los cuarenta años.

Era soltera.

Y sin compromiso.

Claro.

Cómo iba a tenerlo, con una cara y un cuerpo como aquéllos...

Miopes, en el año 2075, quedaban muy pocos.

Apenas ninguno, porque la miopía se corregía ya con sólo unas semanas de tratamiento.

Alice Owens era profesora de Ciencias Naturales, y se había trasladado a Marte, junto con su hermano Hoss, para realizar unos estudios sobre el suelo marciano, muy estudiado ya, por otra parte...

Hoss Owens era un tipo de mediana estatura, delgado, con muy poco pelo sobre la cabeza. Tenía cinco años más que Alice.

También tenía una cara de socarrón que no le cabía más.

Era soltero, como Alice, y si se hallaba en Marte, era porque su hermana se había empeñado en que la acompañara en su viaje, pese a que él no entendía ni iota de ciencias naturales.

Alice, según le dijo, tenía miedo de viajar sola a Marte.

Hoss pensó que el miedo de su hermana estaba plenamente justificado. Podían tomarla por una marciana, atraparla como se atrapa a un bicho raro y encerrarla en una jaula.

No se atrevió a decírselo a ella, claro.

Se hubiera enfurecido y tal vez le hubiese echado de casa.

Y como la casa era de Alice…

En realidad, todo era de Alice.

Hoss era un tipo simpático, pero bastante inútil.

Y, además, con pocas ganas de trabajar.

Por eso no trabajaba.

Alice le mantenía.

Podía hacerlo perfectamente, pues ganaba bastante dinero con su trabajo.

Alice era aún más inteligente que fea, que ya es decir.

Alice y Hoss habían llegado a Marte en la astronave «Semíramis», y ahora se hallaban en sendas habitaciones del Galaxia Hotel, deshaciendo sus respectivos equipajes.

La profesora de Ciencias Naturales se había quitado el vestido, para moverse con mayor comodidad.

La rosada combinación, única prenda que llevaba sobre el pantaloncito y el sujetador, era muy sugestiva, pero a ella le favorecía bien poco.

Sus piernas, excesivamente largas y huesudas, estaban mucho mejor tapadas que visibles. También sus hombros eran feísimos. Y sus pechos, pequeños y aplastados, que ni siquiera el relleno de espuma del sujetador conseguía mejorar. Y en cuanto al ombligo, que se transparentaba perfectamente a través del encaje de la combinación, era, quizá, lo más feo de todo, pues lo tenía tan grande que, si hubiera necesidad, allí podría guardar casi tantas cosas como en su neceser.

Y no crea el amable lector que el autor exagera.

Palabra que no.

Alice Owens ya había vaciado su maleta.

Ahora, se disponía a hacer lo propio con el enorme baúl.

Introdujo la llave en la cerradura.

Compuso un gesto de sorpresa al comprobar que el baúl no estaba cerrado con llave.

¿Cómo era posible aquello?

¡Si, ella misma lo había cerrado, lo recordaba perfectamente!

Desconcertada, levantó la tapa del baúl.

—¡Ay! —gritó, soltando la tapa inmediatamente y dando un salto hacia atrás.

La lapa no llegó a bajar del todo, porque el tipo que se hallabd escondido en el interior del baúl levantó ambas manos y la sostuvo.

Se trataba, como va habrá adivinado el lector, de Bruce Jenkins.

El polizón de la «Semíramis».

El fugitivo de la justicia.

Bruce Jenkins levantó la tapa y salió del baúl, muy sonriente.

—¿Qué tal, señora?

Alice Owens, llena de estupefacción, movió sus poco sensuales labios, pero no consiguió articular palabra.

Jenkins la observó de pies a cabeza.

Le gustaron mucho más los pies que la cabeza.

Y eso que la profesora de Ciencias Naturales calzaba un 42. ..

«¡Qué espantapájaros, madre!», se dijo Bruce, aunque procuró que su gesto no revelase lo que estaba pensando.

—No se asuste, señora. ¿O quizá es señorita..:?

«Sí, seguro que es señorita —pensó Bruce—. ¿Quién iba a casarse con esta especie de estaca vestida de mujer?»

La estupefacta Alice Owens dio un paso atrás.

De nuevo intentó hablar, pero tampoco ahora consiguió emitir sonido alguno.

—No soy ningún ladrón, ¿sabe? —dijo Jenkins—. Sucede que, desde que era pequeñito, tengo la manía de esconderme en los baúles, y en cuanto veo uno, ¡zas!, me meto de cabeza en él y me estoy un rato. Espero que sabrá disculparme, señora. O señorita. Que usted lo pase bien.

Bruce Jenkins echó a andar rápidamente hacia la puerta y salió de la habitación.

Alice Owens continuó quieta como una estatua durante unos segundos más, incapaz de reaccionar.

Al fin lo consiguió.

Lo primero que hizo fue lanzar un chillido.

Después, llamó:

—¡Hoss...!

Las habitaciones de Alice y Hoss se comunicaban por una puerta, la cual se abrió casi al instante, dando paso al hermano de la profesora de Ciencias Naturales.

—¿Qué ocurre, Alice...? —preguntó Hoss Owens, alarmado.

Alice señaló el abierto baúl.

—¡Ahí!

—¿El baúl?

—¡Sí!

—¿Qué pasa con el baúl?

—¡Había un hombre!

Hoss abrió la boca.

—¿Cómo dices...?

—¡Que había un hombre en el baúl, Hoss!

—Eso quisieras tú —se le escapó al hermano de la fea.

—¿Cómo?

Hoss Owens tosió, tratando de ahogar sus propias palabras.

—Decía que si te fijaste bien en él, Alice.

—¡Si, claro que me fijé!

—¿Era joven?

—¡Aparentaba unos veintiocho años de edad!

—¿Alto?

—¡Más que yo!

—¿Atlético?

—¡Muy atlético!

—¿Bien parecido?

—¡Sí, era muy apuesto!

—¿Y dónde lo tienes?

—¿Qué? —pestañeó Alice.

Hoss sonrió socarronamente.

—Alice, si tú te hubieses encontrado de verdad, al abrir el baúl, con un tipo joven,, alto, atlético, y bien parecido, no hubieras gritado. En todo caso, de alegría.

—¡Hoss...! —exclamó ella, abriendo mucho los ojos.

Hoss Owens se rascó el cuello con el dedo índice.

—Lo siento, Alice, pero no puedo creer que hubiese un hombre escondido en el baúl. Y, mucho menos, corno tú lo describes.

—¡Pues lo había! —insistió Alice, apretando los puños con rabia.

—¿Y qué ha sido de él?

—¡Se marchó!

—Asustado, ¿verdad? —repuso Hoss, irónico.

Alice apretó los dientes.

—¿Qué has querido decir con eso, Hoss?

—Nada. Que todo aquel que se esconde suele asustarse cuando se ve descubierto. Unos más y otros menos, claro. Depende de quién les descubra…

—¡Tengo la impresión de que te estás metiendo con mi físico, Hoss!

—¡Oh, no!

—¿Seguro que no?

—¡Seguro, Alice!

—Más te vale.

Hoss carraspeó.

—¿Deseas alguna cosa, Alice?

—¡Que busques al tipo!

—¿Quieres que vuelva?

—¡Hoss, que te la estás jugando! —advirtió ella, pateando el suelo.

Hoss carraspeó de nuevo.

—Alice, yo sólo preguntaba…

—¡Quiero que la policía detenga a ese individuo!

—Está bien, Alice. Ahora mismo salgo tras él.

—¡Corre!

Hoss Owens Hoto hacia la puerta de la habitación salió de ella.

Pero no fue en busca del tipo que le había descrito Alice, sino al bar del hotel, a tomarse una copa tranquilamente.

Hoss no había creído una sola palabra de cuanto le había dicho su hermana.

CAPITULO V

Los diez miembros de la tripulación de la «Semíramis» se habían alojado también en el Galaxia Hotel.

Virginia Kendall ocupaba la habitación 201.

Angela Hopper, la azafata de pelo castaño, ocupaba la 202.

Ambas se estaban cambiando de ropa.

Virginia Kendall se enfundó un bonito vestido largo, de color verde claro, confeccionado a modo de túnica. Se sujetaba sobre el hombro derecho, con un reluciente broche. El singular vestido estaba totalmente abierto por los lados, y permanecía unido por medio de unas cadenillas doradas, de unos diez centímetros de longitud.

Cuando la joven se ponía de perfil, mostraba una franja sumamente tentadora de piel tersa y suave, ligeramente tostada por el sol.

A pesar de lo aireado del vestido, la azafata no pasaría el menor frío, pues en el interior de las cúpulas la temperatura era muy agradable, alrededor de los veinticinco grados.

Fuera de las cúpulas, ya era otra cosa.

El clima marciano es riguroso, y son bastantes los grados bajo cero que suelen alcanzarse por la noche, de duración similar a la terrestre, pues Marte tiene un periodo de rotación de 24,5 horas.

Virginia Kendall, cuyos zapatos combinaban perfectamente con el color del vestido, terminó de arreglarse, cogió su bolso de mano, y caminó hacia la puerta.

Justo en el momento en que la abría, alguien cruzaba por el corredor.

—¡Bruce! —exclamó la joven.

—¡Virginia! —exclamó a su vez Bruce Jenkins, parándose en seco.

Pero no permaneció quieto mucho tiempo.

Apenas un par de segundos después de descubrir a la atractiva

azafata, fue rápidamente hacia ella y se introdujo en su habitación, cerrando él mismo la puerta.

Jenkins se retiró un poco, para abarcar mejor a la joven con la mirada.

—Deje que la mire.

—Bruce…

—Cállese, no diga nada, no se mueva.

Virginia Kendall obedeció.

Ni habló, ni se movió.

Bruce Jenkins sonrió.

—Está usted maravillosa con ese vestido, Virginia.

—Gracias, pero…

—Parece una diosa del Olimpo.

—Vamos, no exagere —sonrió la muchacha.

—Ni un ápice, se lo juro.

—Cuénteme cómo logró salir de la astronave, Bruce —rogó Virginia.

—¿Recuerda usted aquel baúl tan grande, tras el cual me hallaba yo escondido cuando usted me descubrió?

—Si.

—Pues forcé la cerradura y me metí en él.

—¡No!

—Como lo oye. Por eso me encuentro en este hotel. La dueña del baúl se ha hospedado aquí.

—¿Dueña?

—Sí, pertenece a una mujer.

—¿Joven?

—Joven, atractiva y muy cariñosa —mintió Bruce.

Virginia Kendall frunció el ceño sin darse cuenta.

—Hombre, qué suerte.

—Sí, no puedo quejarme. Cuando ella abrió el baúl, y me descubrió, pensé que iba a ponerse a gritar, lo cual hubiera sido fatal para mí.

—Pero no lo hizo, ¿verdad?

—No, se quedó muy quieta y muy callada, mirándome.

—Y usted a ella, supongo.

—Supone bien. Había mucho que mirar, porque la chica estaba en combinación...

—Qué casualidad.

Bruce Jenkins carraspeó suavemente.

—¿No quiere saber qué pasó después, Virginia?

—¿Después de qué?

—De que la chica y yo nos mirásemos.

—No es difícil de adivinar. Usted le habló de Amanda *la Besitos,* ella...

—Yolanda *Besos Mil*... —corrigió Bruce, con una tosecita.

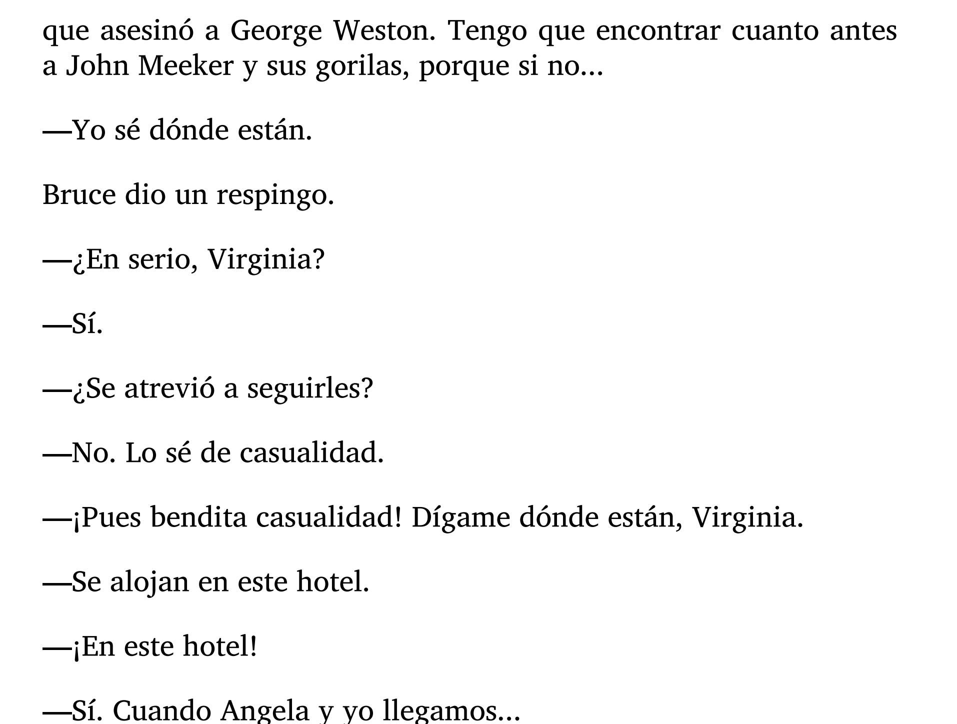
—Corno se llame —gruñó la azafata—. Para el caso, es lo mismo. La chica se prendó de usted, y acabaron los dos haciendo el amor.

Jenkins carraspeó de nuevo.

—Nos dimos unos besos, sí, pero, aunque ella deseaba que la cosa llegase más lejos, no pasamos de ahí.

—No esperará que le crea, ¿verdad?

—Sí, porque no le he mentido. Yo no podía perder tiempo con la chica. No he venido a Marte a divertirme, sino a buscar al fulano



que asesinó a George Weston. Tengo que encontrar cuanto antes a John Meeker y sus gorilas, porque si no…

—Yo sé dónde están.

Bruce dio un respingo.

—¿En serio, Virginia?

—Sí.

—¿Se atrevió a seguirles?

—No. Lo sé de casualidad.

—¡Pues bendita casualidad! Dígame dónde están, Virginia.

—Se alojan en este hotel.

—¡En este hotel!

—Sí. Cuando Angela y yo llegamos…

—¿Quién es Angela? —preguntó Bruce, interrumpiéndola.

—Una de las azafatas. Somos buenas amigas.

—Ya me la presentará.

Virginia le miró severamente.

—Como le decía, cuando Angela y yo llegamos al hotel, John Meeker y los dos individuos corpulentos estaban en recepción, registrándose. Procuré fijarme en los números de las llaves que el recepcionista les entregaba.

—¿Y logró averiguarlo?

—Habitaciones 180, 181 y 182.

Bruce Jenkins pegó un salto de alegría.

—¡Es usted mi madre, Virginia! —exclamó a continuación, cogiéndola por los desnudos hombros.

Antes de que ella se diera cuenta, la estaba besando en los labios.

Virginia Kendall se separó bruscamente de él, levantó la mano

derecha, y se la estrelló en la mejilla.

¡Plaf!

Si Bruce Jenkins hubiera llevado sombrero, lo hubiese perdido, porque la bofetada fue de las buenas.

—Mi madre no me hubiera dado una bofetada, Virginia... —murmuró, acariciándose la mejilla castigada.

—¡Pues yo sí! ¡Y será mejor que no diga nada, porque me he quedado con ganas de darle otra! —advirtió la azafata, terriblemente furiosa.

—Sólo fue un beso de agradecimiento, Virginia...

—¿También eran de agradecimiento los que le dio a esa fresca?

—¿A qué fresca se refiere?

—¡A la dueña del baúl!

Bruce Jenkins no pudo contener la risa, lo cual enfureció aún más a la joven.

—¿A qué viene esa risa tan estúpida? —inquirió, con los ojos muy brillantes.

—En cuanto se lo explique, usted también se reirá a gusto, estoy seguro.

—¡Ya está tardando!

—La dueña del baúl es más fea que apuñalar a un padre, y tiene la figura más desgarbada que ojos humanos vieron jamás. Vamos, que viéndola en combinación, no se sabe si es una mujer o un andamio,

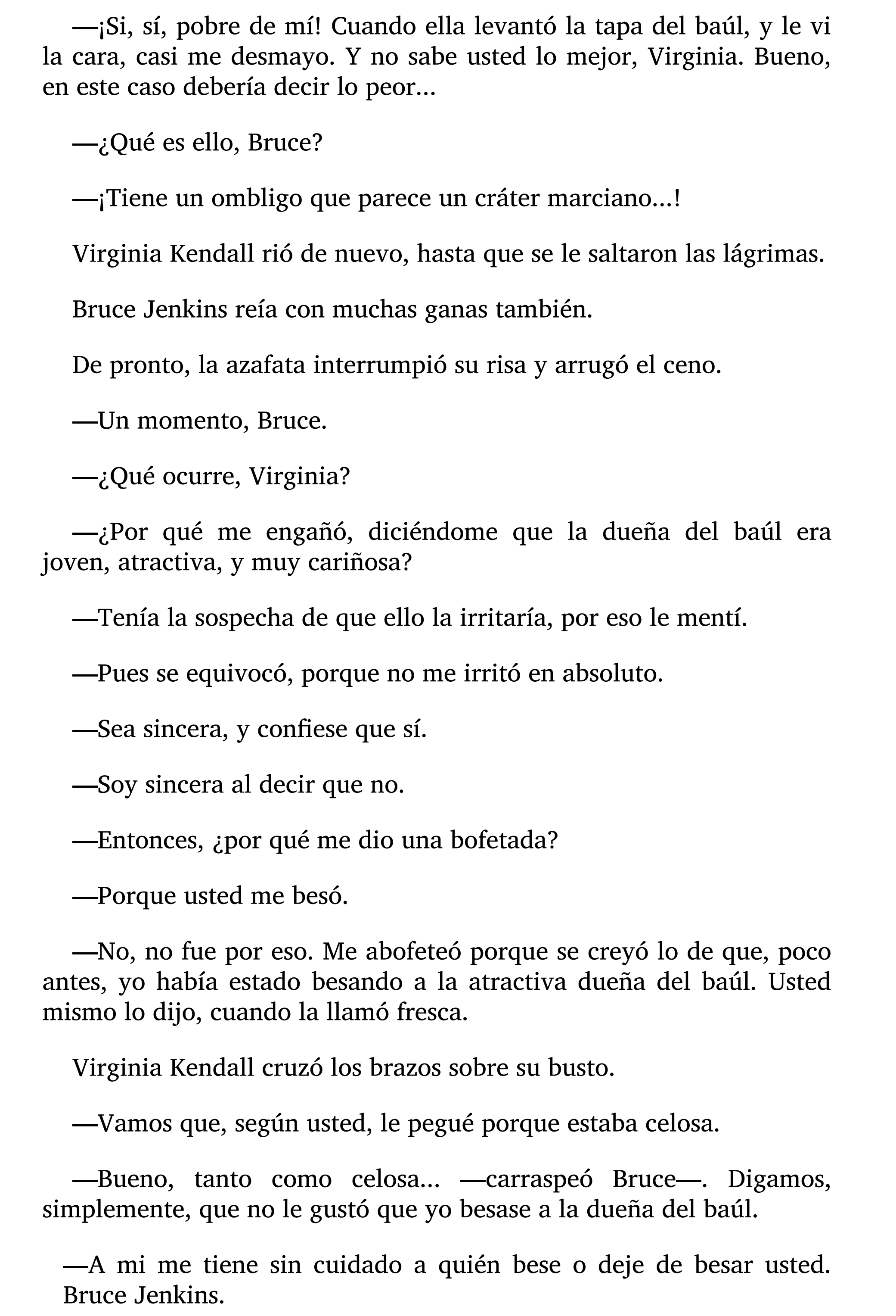
Virginia Kendall abrió la boca de par en par.

—¿Es una mujer de mediana edad, muy alta, con la nariz larga y...?

—¡Esa, esa! —rió de nuevo Bruce.

La azafata empezó a reír también.

—¡Pobre Bruce!



—¡Si, sí, pobre de mí! Cuando ella levantó la tapa del baúl, y le vi la cara, casi me desmayo. Y no sabe usted lo mejor, Virginia. Bueno, en este caso debería decir lo peor...

—¿Qué es ello, Bruce?

—¡Tiene un ombligo que parece un cráter marciano...!

Virginia Kendall rió de nuevo, hasta que se le saltaron las lágrimas.

Bruce Jenkins reía con muchas ganas también.

De pronto, la azafata interrumpió su risa y arrugó el ceno.

—Un momento, Bruce.

—¿Qué ocurre, Virginia?

—¿Por qué me engañó, diciéndome que la dueña del baúl era joven, atractiva, y muy cariñosa?

—Tenía la sospecha de que ello la irritaría, por eso le mentí.

—Pues se equivocó, porque no me irritó en absoluto.

—Sea sincera, y confiese que sí.

—Soy sincera al decir que no.

—Entonces, ¿por qué me dio una bofetada?

—Porque usted me besó.

—No, no fue por eso. Me abofeteó porque se creyó lo de que, poco antes, yo había estado besando a la atractiva dueña del baúl. Usted mismo lo dijo, cuando la llamó fresca.

Virginia Kendall cruzó los brazos sobre su busto.

—Vamos que, según usted, le pegué porque estaba celosa.

—Bueno, tanto como celosa... —carraspeó Bruce—. Digamos, simplemente, que no le gustó que yo besase a la dueña del baúl.

—A mi me tiene sin cuidado a quién bese o deje de besar usted. Bruce Jenkins.

—Si eso es cierto, me desilusiona usted, Virginia.

—Pues desilusiónese del todo, porque lo es.

Bruce Jenkins iba a decir algo, pero no llegó a hacerlo, porque en aquel preciso instante llamaron a la puerta.

—Debe de ser Angela —dijo la azafata.

—¿Su compañera?

—Sí.

—Qué bien —sonrió Bruce, frotándose las manos.

Virginia Kendall le dirigió una severa mirada y acudió a abrir.

En efecto, era Angela Hopper.

—¿Ya estás lista, Virginia? —preguntó la azafata de pelo castaño.

—Sí, estoy dispuesta.

—¿Quién es ese...? —exclamó en tono bajo Angela, descubriendo a Bruce Jenkins por encima del hombro de su compañera.

—El tipo que te dije que quizá te presentase —sonrió irónicamente Virginia, mirando también a Bruce.

—¡Qué apuesto es!

—Sí, no está mal...

—¡Pero que nada mal! Venga, ya me lo estás presentando —pidió Angela, empujando a su amiga y colándose en la habitación.

Lucía un vestido muy original, más aireado todavía que el de Virginia, pues estaba salpicado de círculos, de unos diez centímetros de diámetro, por los que se veía el cuerpo de la atrevida azafata.

Y se veían partes muy interesantes...

Bruce Jenkins las observó todas, sin ningún disimulo.

Virginia Kendall cerró la puerta, dando un suspiro.

Se acercó a ellos y realizó la presentación.

—Encantada de conocerte, Bruce —sonrió Angela, tuteándole desde el primer momento.

—Lo mismo digo, Angela —repuso Jenkins, correspondiendo a la sonrisa de la azafata.

Ella compuso un mohín pícaro.

—¿Es cierto que sabes besar muy bien, Bruce?

—¡Angela! —exclamó Virginia, tratando de ahogar las palabras de su compañera, cusa que no logró.

—Tú lo dijiste, ¿no? —recordó Angela, mirándola.

—¡Venga, salgamos de aquí! —decidió Virginia, cogiendo del brazo a Angela.

Salieron los tres de la habitación.

—¡Hasta la vista, Bruce! —dijo Virginia, llevándose a Angela a tirones por el corredor.

—¿Es que Bruce no viene con nosotras, Virginia…? —preguntó Angela, desilusionada.

—¡No, tiene cosas que hacer!

Bruce Jenkins no desmintió las palabras de Virginia Kendall, porque sí tenía cosas que hacer.

Tan pronto como las dos azafatas desaparecieron, se dirigió a las habitaciones 180, 181 y 182.

Las que, según Virginia Kendall, ocupaban John Meeker, Perry Moore y Frankie Spicer.

Se detuvo cerca de ellas.

¿Cuál sería la de Meeker?

¿Y Ron Connery, el asesino contratado por Meeker?

¿Se alojaría también en aquel hotel?

En aquel momento, por él extremo del corredor, apareció uno de los empleados del hotel, portando una bandeja con bebidas.

Bruce Jenkins fue directamente hacia él.

—Eh, amigo.

—¿Diga, señor?

—¿Sabría usted decirme cuál es la habitación de Ron Connery?

—¿Ron Connery? —repitió el empleado.

—Sí, así se llama el tipo —dijo Bruce, mostrándole un billete.

En los ojos del empleado se adivinó el deseo de ganarse aquel dinero.

—No recuerdo a nadie con ese nombre, señor...

—Haga memoria.

—Me estoy estrujando el cerebro, de veras, pero... ¿Está usted seguro de que se hospeda en este hotel?

—No, no lo estoy... Pero sí sé que se hospeda John Meeker.

—Cierto, señor. Ocupa la habitación 180.

—La 180, ¿eh? —murmuró Bruce, dirigiendo la vista hacia esta habitación.

—Sí, señor. Pero no está.

Bruce Jenkins se envaró ligeramente.

—¿Que no está?

—No, señor. Salió del hotel hace unos minutos.

—¿Solo, o con los dos hombres que llegaron con él al hotel?

—Le acompañaba uno de ellos, señor. El del pelo rubio.

—Perry Moore...

—Sí, ése es su nombre. Ocupa la habitación 181.

—¿Y Frankie Spicer...?

—La 182, señor.

—¿Se encuentra en ella?

—Supongo que sí, señor. Yo, al menos, no le he visto salir…

Bruce Jenkins sonrió.

—Gracias, amigo —dijo, entregando el billete al amable empleado.

Este, muy contento, repuso:

—Gracias a usted, señor.

Bruce esperó a que el empleado del hotel desapareciera y entonces se dirigió a la habitación 182.

Llamó a la puerta.

Se oyeron pasos al otro lado.

Bruce sonrió.

Frankie Spicer estaba en la habitación.

Unos segundos después, se abría la puerta.

Y casi en seguida, se abría una ceja.

La de Frankie Spicer.

Bruce Jenkins acababa de soltarle un trallazo, con el puño diestro, que era el que más pupa hacía.

Aunque los golpes que propinaba con el puño zurdo tampoco eran ninguna tontería.

Frankie Spicer podría dar muy pronto fe de ello.

CAPITULO VI

Bruce Jenkins penetró en la habitación del gorila y cerró la puerta.

Frankie Spicer, un tipo de rostro aplanado, había reculado, impulsado por el puño de Jenkins, cayendo al suelo un par de metros más allá.

El matón, furioso, se puso en pie de un salto y miró a Bruce Jenkins.

Con un solo ojo.

El izquierdo.

El derecho lo tenía cubierto de sangre, pues había sido la ceja derecha la que le había partido Jenkins.

—Maldito hijo de perra... —masculló, limpiándose la sangre del ojo con el dorso de la mano.

—El único hijo de perra que hay aquí eres tú, Frankie —replicó Bruce—, Y que me perdonen las perras.

—¡Te voy a sacar las tripas por la boca, Jenkins!

Bruce sonrió burlonamente.

—Tú no sacas ni un corcho, cara de losa.

—¡Ahora verás, bastardo! —rugió el gorila, lanzándose sobre Jenkins,

Este esquivó hábilmente la acometida de Spicer.

Ello resultó fatal para el matón, pues no pudo frenar su impulso y se estrelló violentamente contra la pared, partiéndose la otra ceja, la izquierda.

Spicer dio un grito de dolor, mientras caía al suelo.

Y, en seguida, otro de cólera.

De la ceja zurda también empezó a manarle sangre en cantidad, tapándole el ojo.

Ahora, no podía ver bien por ninguno de los dos.

Demasiada desventaja ya.

No obstante, se incorporó y se volvió hacia Bruce Jenkins.

Era lo que éste estaba esperando, para disparar el puño izquierdo, hacia la mandíbula del gorila.

Sonó un chasquido y Frankie Spicer salió despedido hacia atrás.

Y como detrás estaba la pared, de nuevo chocó contra ella, con gran violencia.

Se propinó un coscorrón de campeonato.

Tan duro fue el golpe que se dio en la parte posterior de la cabeza, que puso los ojos en blanco y se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo.

—Caramba, ha sido mucho más fácil de lo que yo suponía… —murmuró Bruce, pasándose la lengua por los nudillos del puño zurdo, ligeramente enrojecidos.

Buscó con la mirada algo con que poder maniatar al matón.

La maleta de Spicer estaba sobre la cama, abierta.

Bruce se acercó.

Lo primero que vio fue una pistola de balas explosivas.

Un arma muy seria.

Sí, porque cuando una de aquellas balas se incrustaba en un cuerpo humano, estallaba con gran potencia, causando un destrozo considerable.

Con un arma como aquélla, precisamente, asesinaron a George Weston.

Y teniendo en cuenta que Weston recibió tres impactos en su cuerpo, era fácil imaginarse cómo debió quedar, el pobre…

Totalmente destrozado.

Bruce Jenkins cogió la pistola y se la guardó en uno de los bolsillos de la elástica cazadora.

Seguramente le haría falta.

Bruce rebuscó en la maleta.

Encontró algo que le vino como anillo al dedo: un rollo de cinta adhesiva.

Lo cogió y se acercó al desvanecido Spicer.

En un par de minutos, el gorila estuvo atado de pies y manos, éstas a la espalda.

Bruce le revisó los bolsillos del pantalón.

Buscaba un pañuelo, y lo encontró.

Con él limpió las cejas y los ojos del matón.

Como las heridas apenas sangraban ya, Spicer, cuando se recobrara, no tendría dificultades para ver con normalidad

Bruce pensó en arrojarle sobre la cara el contenido de una botella de licor que había visto en la maleta del gorila, pero no fue necesario.

Frankie Spicer se recobró por sí solo.

Al verse tendido en el suelo, con las manos y los pies fuertemente atados, miró a Bruce Jenkins con intenso odio.

—¡Sucio bastardo...!

Bruce disparó la pierna, hundiendo la punta del zapato en el hígado del matón.

Spicer lanzó un bramido y se encogió, la cara arrugada de dolor.

—Ya me llamaste bastardo antes, Frankie, y no me gusta que me llamen eso. Mi padre se casó con mi madre once meses antes de que yo viniese al mundo, así que lodo estaba en regla. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Spicer no podía decir nada.

Le dolía demasiado el hígado.

Y tenía en la boca un gusto extraño.

Extraño, sí, porque juraría que la tenía llena de foie-gras de pato.

Y él no era un pato.

Condenado Jenkins ..

Bruce interrogó:

—¿Dónde está Ron Connery?

Spicer, en lugar de responder, apretó los dientes con fuerza.

—Si no me lo dices, te patearé de nuevo —advirtió Bruce, echando la pierna derecha ligeramente hacia atrás.

Spicer, instintivamente, se encogió más.

Sin embargo, y a pesar de que su cara denotó miedo, se mantuvo callado.

Bruce soltó la pierna, tomando como blanco el riñón derecho del gorila.

Debió acertar de lleno, a juzgar por el alarido que emitió el matón.

Frankie Spicer se retorció de doler.

—El próximo punterazo lo recibirás en un sitio mucho más doloroso, Frankie —anunció Bruce—. Si yo estuviera en tu pellejo, hablaría.

—Si hablo, .Meeker me matará... —repuso quedamente Spicer.

—Y si no hablas, yo te convertiré en un desgraciado. Tú verás, Frankie.

—Está bien, te diré lo que quieres saber...

—Venga.

—Connery está en Astorville...

—Astorville... —repitió Bruce—. Eso está a tres mil kilómetros largos de aquí...

—Sí.

—¿En qué hotel se aloja?

—En Astorville sólo hay uno, el Géminis Hotel…

—Meeker y Moore han salido del hotel.

—Sí.

—¿Adónde iban?

—Al aeropuerto, a alquilar una nave, para trasladarse a Astorville…

—¿Por qué te quedaste tú en Cosmosville?

—Meeker está enterado de que la policía no pudo atraparte, y también sabe que tú averiguaste que Ron Connery estaba en Marte. Temía que lograras llegar a Marte, como así ha sido, y me ordenó quedarme aquí, para vigilar…

—Has vigilado muy mal, Frankie.

—No esperábamos que llegaras tan pronto.

—Llegué al mismo tiempo que vosotros.

Spicer pestañeó.

—¿En la «Semíramis»?

—Sí.

—¡No es posible! ¡Nosotros te hubiéramos visto!

—Me embarqué clandestinamente, y me oculté en el compartimiento de equipajes. Por eso no me visteis entre el pasaje.

—Eres un tipo muy listo, Bruce, debo reconocerlo.

—Eso solía decir mi madre —sonrió Jenkins.

Spicer se mojó los labios con la lengua.

—¿Qué piensas hacer conmigo, Bruce?

—Ahora lo verás.

Bruce le cubrió la boca con cinta adhesiva y luego lo encerró en el armario, abandonando seguidamente la habitación.

CAPITULO VII

Bruce Jenkins se dirigía al aeropuerto.

De pronto, oyó que le llamaban:

—¡Bruce!

Se detuvo y volvió la cabeza.

Descubrió a Angela Hopper, la compañera de Virginia Kendall.

Corría hacia él.

Bruce la esperó.

Cuando ella se detuvo ante él, preguntó:

—¿Dónde está Virginia?

—En el Acuario Club, pasándoselo bien —respondió Angela, sonriendo.

—Oh...

—Yo quicio pasármelo mejor. Por eso la dejé y me vine en tu busca —explicó la azafata, rodeando con sus brazos desnudos el cuello de Jenkins y pegándose a él descaradamente.

Bruce carraspeó.

—¿Sabe Virginia que tú...?

—¡No! Me largué del club aprovechando un descuido suyo. Ella no me hubiera dejado salir en tu busca. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Teme que pueda conquistarte.

—¿De veras...?

—Sí. Por lo visto, Virginia te quiere sólo para ella.

—Caramba...

—Eso no es justo, Bruce. Virginia y yo somos buenas amigas, y las buenas amigas no deben tener inconveniente en compartir a sus respectivos amigos. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Bueno, pues...

—Sabía que opinarías como yo —dijo Angela, sin darle tiempo para opinar, y le besó en los labios, ávidamente.

Bruce no tuvo ningún inconveniente en devolverle la caricia.

Y lo hizo muy expertamente.

Cuando separaron sus bocas, la azafata murmuró:

—Virginia estaba en lo cierto, Bruce. Besas como nadie...

—Tuve una buena profesora —explicó Jenkins, sonriendo.

—Volvamos al hotel, Bruce. Y una vez en mi habitación, veremos qué más te enseñó esa profesora...

—Me gustaría, Angela, créeme, ñero no me es posible.

—¿Por qué? —preguntó ella, con gesto de desilusión.

—Tengo que trasladarme a Astorville, ahora mismo.

—¡Astorville! —repitió Angela, abriendo mucho los ojos—. Eso está a más de tres mil kilómetros de Cosmosville, Bruce...

—Sí, ya lo sé —suspiró Jenkins—. Por eso quiero salir cuanto antes. Me dirigía al aeropuerto, a alquilar una nave, cuando tú me llamaste.

—¿Regresarás esta misma noche?

—Supongo que sí, aunque no puedo asegurártelo. El asunto que me lleva a Astorville igual puede solucionarse en unos minutos que tardar horas.

—¡Llévame contigo, Bruce! —pidió la azafata.

—¿Llevarte conmigo...?

—¡Sí! La «Semíramis» no emprenderá el regreso a la Tierra hasta pasado mañana, tengo tiempo de sobra.

—No puedo, Angela. Lo siento.

—¿Por qué no puedes?

—El asunto que tengo que resolver es delicado, y…

—¡No te molestaré lo más mínimo, Bruce, te lo prometo! Si quieres, me quedaré en la nave mientras tú solucionas ese asunto.

—Angela…

—¡Por favor, Bruce! —insistió ella.

Jenkins dio un suspiro.

—Está bien, tú ganas.

—¡Un millón de gracias, Bruce! —dijo la azafata, besándole de nuevo, con muchas ganas.

* * *

En el aeropuerto de Cosmosville, Bruce Jenkins alquiló una pequeña nave, con capacidad máxima para cuatro personas.

Era de color rojo, muy brillante. Y bella estructura. Su superficie superior era plana, y la inferior, curvada, estaba provista de un par de aletas.

Con ella, en sólo una hora estarían en Astorville.

Su manejo era tan sumamente sencillo, que casi nadie solicitaba los servicios de un piloto profesional.

Bruce Jenkins tampoco lo hizo, claro.

Había pilotado numerosas veces naves similares a aquélla.

Incluso de manejo más complicado.

Después de rellenar sendas tarjetas, con sus datos personales, Bruce y Angela se introdujeron en la pequeña nave.

En el interior de la misma había trajes espaciales, muy ligeros, botas para caminar por el suelo marciano, botellas de oxígeno y cascos.

Estos con micrófono incorporado, se anillaban a los trajes, cerrándolos herméticamente.

También había cuatro cinturones cohete.

Todas las naves iban provistas de equipos similares.

De este modo, si la nave sufría alguna avería, y sus ocupantes se veían obligados a tomar tierra en un lugar solitario, no tenían ningún problema para llegar a la ciudad más próxima.

Podían abandonar la nave tranquilamente y utilizar los cinturones cohete. Los trajes espaciales les protegerían del intenso frío.

Bruce Jenkins se sentó frente a los mandos y Angela Hopper lo hizo a su lado.

Los otros dos asientos estaban detrás.

Cuando Bruce recibió la autorización para despegar, puso los motores en marcha y accionó una palanca.

Segundos después, la pequeña nave surcaba el espacio, cada vez a mayor velocidad, hasta alcanzar los 3.500 kilómetros por hora.

Bajo ellos el suelo marciano, recubierto de cráteres, todos ellos fuertemente erosionados por la atmósfera marciana, que alcanzaban hasta los 150 kilómetros de diámetro. Sus bordes se elevaban hasta los cien metros por encima de la superficie del planeta, mientras que su fondo descendía varios centenares de metros.

—Bruce...

Jenkins se volvió hacia la azafata.

—¿Sí, Angela?

—¿Por qué no accionas el piloto automático?

—¿Para qué?

—Tardaremos alrededor de una hora en llegar a Astorville...

—Así es.

—En una hora se pueden hacer muchas cosas, Bruce... —sonrió maliciosamente la azafata.

Bruce Jenkins también sonrió.

—Tienes razón, Angela. Sería estúpido perder el tiempo observando los aburridos cráteres marcianos.

Bruce puso el piloto automático.

Angela se levantó de su asiento y se dejó caer sobre las rodillas de Jenkins, cuyo cuello cercó con sus brazos.

Un par de segundos después, le estaba besando en los labios, con mucha pasión.

Bruce volvió a demostrarle que era un experto en la materia.

Al propio tiempo, sus manos recorrieron hábilmente el seductor cuerpo de la azafata.

Angela se estremeció, acusando las caricias.

Separaron un instante sus bocas y se miraron a los ojos.

Bruce preguntó:

—¿Qué te dijo Virginia sobre mi, además de que sabia besar muy bien?

—Nada.

—¿Nada?

—Bueno, si. Que eras el mayor caradura de la galaxia.

Jenkins rió.

—Esta Virginia...

—¿Es verdad, Bruce?

—¿Que soy el mayor caradura de la galaxia?

—Sí.

Jenkins carraspeó.

—Bueno, no soy un Upo tímido, precisamente, pero...

—Que no eres tímido, salta a la vista.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que están haciendo tus manos.

—¿No te gusta que te acaricie?

—¡Mucho! ¿Es que no se me nota?

—Se te nota —sonrió Bruce, captando el último estremecimiento de la azafata, que fue acompañado de un débil gemido de placer.

—La pena es que no nos encontremos en mi habitación del hotel. O en la tuya...

—Nos arreglaremos aquí, no te preocupes —repuso Bruce, y pegó su boca a la de ella.

* * *

—Ponte el vestido, Angela —indicó Bruce Jenkins.

—¿El vestido? —murmuró ella, recostada sobre el pecho masculino.

—Estamos llegando a Astorville.

—¿Tan pronto...?

—Hace casi una hora que salimos de Cosmosville Angela.

—¡Qué rápidamente ha transcurrido el tiempo, Bruce!

—Eso se debe a que lo hemos pasado bien —sonrió Jenkins, besándola en el cuello.

Angela cerró los ojos, con dulce expresión.

—Bruce... —musitó.

—¿Qué?

—Si sigues besándome, no podré separarme de ti.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué no damos unas vueltecitas por el espacio, y ya aterrizaremos en Astorville más tarde? —sugirió la azafata, abrazándose a él,

—Me urge llegar a Astorville, Angela.

—¿Por qué tanta prisa, Bruce?

—Te lo explicaré mientras nos vestimos. Creo que puedo confiar en ti.

—Seguro!

Bruce Jenkins puso al corriente de todo a la azafata.

Por qué le buscaba la policía...

Por qué y cómo había llegado a Marte...

Por qué tenía que llegar cuanto antes a Astorville...

—¿Satisfecha tu curiosidad, Angela?

—Me has dejado anonadada, Bruce... —murmuró ella.

—Lo supongo, ¿Te arrepientes ahora de haber hecho el amor con un fugitivo de la justicia?

La azafata sonrió suavemente.

—En absoluto, Bruce —dijo, y para corroborar sus palabras, Te puso las manos en las mejillas y le dio un beso.

Muy breve, porque las luces de Astorville comenzaban a vislumbrarse a lo lejos.

Bruce Jenkins aminoró la velocidad de la nave.

Segundos después, ésta tomaba tierra en el pequeño aeropuerto de Astorville.

Bruce miró a la azafata.

—Si dentro de un par de horas no he vuelto, Angela, avisa a la policía.

—Me gustaría ir contigo, Bruce —dijo ella, preocupada.

—No, tienes que quedarte en la nave. Y recuerda lo que te he dicho.

—No lo olvidaré.

Bruce recibió la indicación de que ya podía salir de la nave.

Besó a Angela y abrió la puerta.

—Ten mucho cuidado, Bruce —rogó ella.

Jenkins sonrió.

—Descuida, lo tendré —dijo, y salió de la nave.

CAPITULO VIII

Ron Connery, un tipo de unos treinta y cinco años de edad, no demasiado alto, pero fuerte como una roca, se lo estaba pasando bien con Nadia, una de las camareras del Géminis Hotel.

Nadia, una pelirroja muy deseable, no se lo estaba pasando tan bien, porque Connery actuaba con escasa delicadeza.

La chica, sin embargo, no protestaba.

Incluso sonreía, y fingía sentirse a gusto con él.

Ron Connery, cada vez que la invitaba a pasarse por su habitación, solía mostrarse muy generoso con ella.

De ahí que la atractiva camarera lo soportase todo con la sonrisa en los labios.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ron Connery se separó de la complaciente pelirroja

—¿Quién diablos será? —gruñó, con el ceño fruncido.

—¿Esperaba usted a alguien, señor Connery? —preguntó Nadia, extrañada también.

—A ti, pero tú ya llegaste.

—Sí, y me temo que tendré que irme —dijo la camarera, haciendo ademán de abandonar la cama.

—No, tú te quedas aquí —ordenó Connery, reteniéndola por un brazo—. Todavía no hemos terminado.

La pelirroja supo disimular perfectamente y sonrió.

—Como usted diga, señor Connery.

Ron Connery saltó de la cama, se enfundó la bata y acudió a abrir, descalzo.

Y con la mano derecha en el bolsillo.

Oprimiendo la pistola de balas explosivas que allí ocultaba.

El asesino profesional abrió la puerta sólo un palmo, lo justo para asomar la cabeza.

Se quedó de muestra al ver a John Meeker, el hombre que le contratara para asesinar a George Weston y echar las culpas a Bruce Jenkins.

—¡Señor Meeker...!

El rollizo John Meeker sonrió.

—Hola, Ron. No me esperabas, ¿verdad?

—Desde luego que no... ¿Qué hace usted en Marte?

—Tenía que verte. Anda, déjame entrar,

—¿Entrar? —repitió Connery, mirando nerviosamente hacia la cama.

—¿No estás solo; Ron?

—Pues, no...

—Compañía femenina, supongo —adivinó Meeker, sonriendo pícaramente.

—Sí...

—No te privas de nada, bribón —rió Meeker, empujando la puerta.

Ron Connery no se atrevió a impedir la entrada a John Meeker, y éste se introdujo en la habitación.

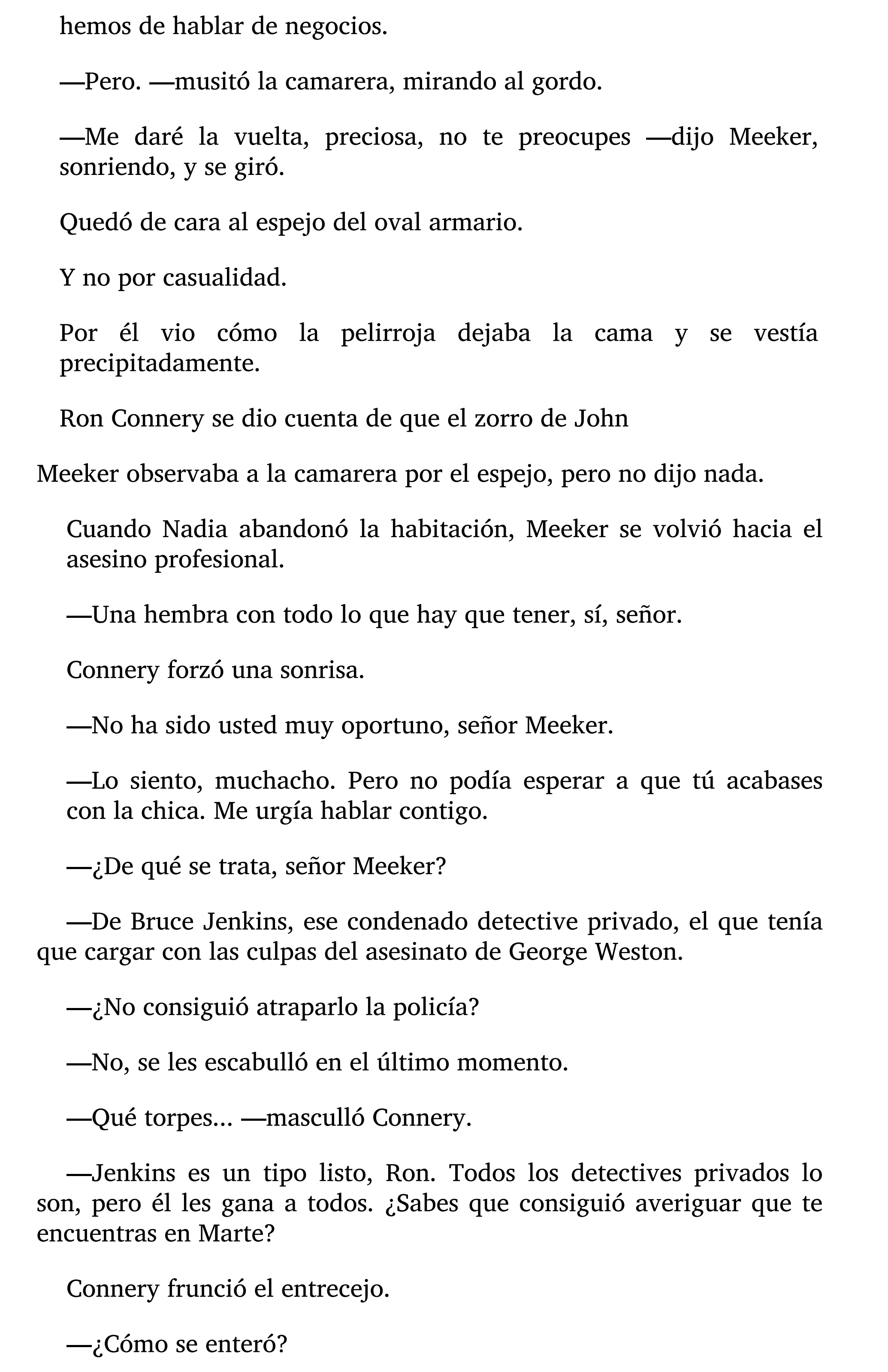
Nadia dio un gritito de sorpresa al ver aparecer al gordo y rápidamente se cubrió hasta el cuello con la sábana, porque no llevaba nada encima.

Meeker la observó con detenimiento.

—No tienes mal gusto, Ron...

Connery carraspeó.

—Nadia, tendrás que salir de la habitación. Este caballero y yo



hemos de hablar de negocios.

—Pero. —musitó la camarera, mirando al gordo.

—Me daré la vuelta, preciosa, no te preocupes —dijo Meeker, sonriendo, y se giró.

Quedó de cara al espejo del oval armario.

Y no por casualidad.

Por él vio cómo la pelirroja dejaba la cama y se vestía precipitadamente.

Ron Connery se dio cuenta de que el zorro de John

Meeker observaba a la camarera por el espejo, pero no dijo nada.

Cuando Nadia abandonó la habitación, Meeker se volvió hacia el asesino profesional.

—Una hembra con todo lo que hay que tener, sí, señor.

Connery forzó una sonrisa.

—No ha sido usted muy oportuno, señor Meeker.

—Lo siento, muchacho. Pero no podía esperar a que tú acabases con la chica. Me urgía hablar contigo.

—¿De qué se trata, señor Meeker?

—De Bruce Jenkins, ese condenado detective privado, el que tenía que cargar con las culpas del asesinato de George Weston.

—¿No consiguió atraparlo la policía?

—No, se les escabulló en el último momento.

—Qué torpes… —masculló Connery.

—Jenkins es un tipo listo, Ron. Todos los detectives privados lo son, pero él les gana a todos. ¿Sabes que consiguió averiguar que te encuentras en Marte?

Connery frunció el entrecejo.

—¿Cómo se enteró?

—Es un tipo muy listo, acabo de decírtelo.

—Bueno, tampoco es para preocuparse demasiado, señor Meeker. Bruce Jenkins no podrá salir de la Tierra.

—No estés tan seguro, Ron.

—¿Por qué no voy a estarlo? La policía le busca, ¿no? En todos los aeropuertos tendrán su fotografía. Como se atreva a solicitar un pasaje, caerá inmediatamente en manos de la policía.

—Si se presenta en el aeropuerto con una buena caracterización, y con documentos falsos...

Ron Connery apretó los maxilares.

—Si Bruce Jenkins consigue llegar a Marte, y da conmigo, no volverá a la Tierra, puede usted estar seguro. Le meteré en el cuerpo unas cuantas balas explosivas, como a George Weston, y...

John Meeker sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Eso no me conviene, Ron. Bruce Jenkins tiene que seguir vivo, para que pueda atraparle la policía. Me in- teresa que le juzguen y le condenen. Sólo así me sentiré completamente tranquilo Si Jenkins mucre en Marte, las cosas se complicarán.

—Nadie sabrá que lo hice yo.

—No podemos estar seguros de eso, Ron. Además, la policía podría sospechar de mi viaje a Marte, si Jenkins aparece muerto aqui... No, Ron, no nos conviene acabar con el detective.

—¿Y qué quiere que haga, esperar sentado a que Jenkins aparezca y me deje atrapar?

—No digas estupideces, Ron. Lo que debes hacer es abandonar Marte. Mañana mismo.

Connery entrecerró los ojos.

—¿Quiere que regrese a la Tierra?

—¡No! Debes ir a Júpiter.

—¿Júpiter...? —respingó Connery.

—Sí. Al estar mucho más lejos de la Tierra que Marie, y ser un planeta gigantesco, aproximadamente mil trescientas veces mayor que la Tierra, Jenkins no podrá dar contigo. Le llevaría años encontrarte, y la policía no tardará tanto en encontrarle a él.

—No me gusta alejarme tanto de la Tierra, señor Meeker —rezongó Connery.

—Es necesario, Ron. Pero no será por mucho tiempo, va verás. En cuanto Bruce Jenkins caiga en manos de la policía, me pondré en contacto contigo y podrás regresar a la Tierra. Mientras tanto, yo cubriré todos tus gastos. Viaje, hotel, chicas... Todo corre de mi cuenta.

Ron Connery sonrió levemente.

—Siendo así...

—Mañana, a las tres de la tarde, sale una astronave con destino a Júpiter. Pero no te presentes en el aeropuerto de Cosmosville antes de las dos. Frankie, Jerry y yo te estaremos esperando.

—¿Frankie y Perry también están en Marte?

—Sí, los he traído conmigo. Perry aguarda abajo, cu el vestíbulo. A Frankie lo dejé en Cosmosville, por si aparece Jenkins.

Bien. Nunca está de más tomar precauciones.

John Meeker tendió su diestra al asesino profesional

—Hasta mañana, Ron.

—Nos veremos en el aeropuerto de Cosmosville, señor Meeker.

John Meeker salió de la habitación.

Ron Connery permaneció inmóvil durante bastantes segundos.

Después, se acercó a la cama y se sentó en ella. Encendió un cigarrillo, parsimoniosamente.

Pensó en Nadia, la apetecible camarera, y sintió deseos de llamarla de nuevo.

Sí, la llamaría.

Aquélla iba a ser su última noche en Astorville, y sería tonto desperdiciarla.

Se disponía a pulsar la tecla de llamada del videófono, cuando llamaron a la puerta.

Connery sonrió.

Se olvidó del videófono.

Ya no necesitaba llamar a la pelirroja Nadia.

Seguro que era ella quien llamaba a la puerta.

A causa de la inoportuna llegada de John Meeker, la camarera había tenido que marcharse sin que él la recompensara por sus «servicios especiales».

Y ahora venía a recibir dicha recompensa.

Bien.

Tendría que acabar de ganársela.

Ron Connery se levantó de la cama y acudió a abrir, muy confiado.

Fue un error.

No debió confiarse lo más mínimo, después de las noticias que le había traído John Meeker.

Bruce Jenkins andaba suelto.

Y podía llegar a Marte.

Había llegado ya.

Y estaba en Astorville.

En el Géminis Hotel.

Al otro lado de la puerta.

Empuñando una pistola de balas explosivas.

La de Frankie Spicer.

Con ella apuntó a Ron Connery, cuando éste abrió.

CAPITULO IX

La cara del asesino profesional cambió rápidamente de color.

—Bruce Jenkins... —musitó.

—El mismo, Connery —dijo el detective privado, empujando al asesino con el cañón del arma.

Ron Connery se vio obligado a retroceder.

Bruce Jenkins se introdujo en la habitación y cerró la puerta.

—Se diría que estás viendo un fantasma, Connery... —dijo, sonriendo.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Atrapé a Frankie Spicer, en Cosmosville, y le obligué a cantar. Al principio, desafinaba, pero le receté unas gárgaras especiales y ya no volvió a perder el tono —explicó Bruce, irónico.

Ron Connery endureció los músculos del rostro.

—Ese gallina de Frankie me las pagará.

—Todos pagaréis, Connery. Tú, Meeker, Perry, Frankie... Los cuatro, aunque la pena mayor será para ti, como asesino de George Weston. A John Meeker también le sentarán duro la mano, por haberte contratado para cometer el crimen. Los cargos contra Perry y Frankie, en cambio, no serán tan severos. Pero tampoco se saldrán de rositas, eso te lo garantizo.

Ron Connery sonrió despectivamente.

—¿Qué piensas hacer conmigo, llevarme a la policía?

—¿Cómo lo has adivinado? —sonrió a su vez Bruce.

—No puedes demostrar que yo liquidé a George Weston, no tienes ninguna prueba contra mí.

—Es cierto, Connery, no tengo ninguna prueba, Pero voy a obtenerlas ahora mismo.

—¿Sí…?

—Coge pape] y pluma.

—¿A quién voy a escribir, a mi tía Teodora?

—No, tu tía Teodora, suponiendo que exista, será más feliz si no sabe nada del hiena de su sobrino. Vas a confesar haber asesinado a George Weston, contratado por John Meeker, y luego firmarás esa confesión.

Connery lanzó una burlona carcajada.

—Estás loco, Jenkins, si crees que voy a hacer semejante cosa.

—Lo harás, Connery.

—Nunca. Y no pierdas el tiempo amenazándome con meterme un par de balas explosivas en el cuerpo, porque sé que no lo harás. Me necesitas vivo, Jenkins. Muerto, no te serviría de nada.

—Estás en lo cierto, Connery. Te necesito vivo, Pero nadie se muere porque le destrocen una rodilla. —Bruce bajo ligeramente el arma y apuntó a la rodilla izquierda del asesino—. Pero pierde la pierna, eso sí —añadió.

Ron Connery se puso nuevamente pálido.

—No te atreverás a disparar, Jenkins, lo sé —dijo, aunque sin demasiada convicción.

—Tienes cinco segundos para decidirte, Connery. Empiezo a contar. Uno…, dos…

El asesino engulló saliva con dificultad.

—Te propongo un trato, Jenkins.

—No hay trato que valga, Connery. O escribes tu confesión, o te quedas sin pierna zurda. Sigo contando… Tres…, cuatro… y…

—¡Está bien, tú ganas! —gritó Ron Connery, mucho más pálido que antes.

Bruce sonrió.

—Papel y pluma, Connery.

Ron Connery bajó la cabeza y caminó lentamente hacia el armario.

—La mano derecha sobre la cabeza, Connery —in- dicó Bruce—. Utiliza la otra para abrir el armario y tomar el papel y la pluma.

El detective privado temía que el asesino extrajera del armario su pistola, en lugar del papel y la pluma.

Ignoraba, lógicamente, que Connery la tenía en el bolsillo derecho de su bata.

Ron Connery se dijo que ahora tenía su oportunidad.

Se hallaba de espaldas a Jenkins, éste no vería cómo sacaba el arma del bolsillo.

En efecto, logró extraerla sin que el detective se diera cuenta.

Con la pistola firmemente empuñada, Ron Connery se revolvió como una centella y accionó el gatillo.

Bruce Jenkins, poniendo de manifiesto unos reflejos admirables, se arrojó de bruces al suelo, disparando a su vez.

La bala vomitada por el arma de Connery chocó contra la pared y en el acto estalló, causando un gran desperfecto en ella.

La que escupió la pistola de Jenkins se incrustó en el pecho del asesino.

El detective percibió nítidamente la sorda explosión del proyectil.

Los terribles efectos de aquel ahogado estallido fueron instantáneos.

Ron Connery, que había caído de espaldas al suelo, empezó a sangrar por la boca, los oídos y los ojos, con una expresión estremecedora de verdad.

Por la herida del pecho, la sangre salía a borbotones.

El asesino se convulsionó débilmente apenas unos segundos y luego dejó de moverse, quedando con los ojos extremadamente

abiertos.

Bruce Jenkins, con el estómago encogido, se puso en pie lentamente.

Ron Connery estaba muerto, de eso no había ninguna duda.

Y lo había matado él.

En defensa propia, eso también era cierto.

Pero ¿quién le creería?

Nadie, seguramente.

Lo mejor, pues, era salir cuanto antes del Géminis Hotel y largarse de Astorville.

Bruce Jenkins se guardó el arma, corrió hacia la puerta, y abandonó la habitación del asesino profesional.

En el corredor no había nadie.

Mejor.

Bruce bajó rápidamente al vestíbulo.

Disimuladamente, sin llamar la atención de nadie, salió del hotel, dirigiéndose al pequeño aeropuerto.

Minutos después, se hallaba de nuevo en el interior de la nave alquilada por él.

Angela Hopper, al verle entrar, saltó de su asiento.

—¡Qué pronto has vuelto, Bruce!

—Sí.

—¿Cómo ha ido todo?

—Mal.

—¿Mal...? ¿Qué ha pasado, Bruce?

—Luego te lo explicaré —respondió Jenkins, sentándose frente a los mandos.

Instantes después, la pequeña nave despegaba del aeropuerto de Astorville, emprendiendo el regreso a Cosmosville.

Entonces, Bruce explicó:

—Cuando llegué al Géminis Hotel, descubrí en el vestíbulo a Perry Moore, el matón que vino a Astorville con John Meeker. Supuse que Meeker se encontraría con Ron Connery, en la habitación de éste, y esperé fuera del hotel. No podía entrar, Moore me hubiera descubierto. Pero no tuve que esperar mucho. A los pocos minutos, Meeker y Moore salían del hotel, camino del aeropuerto. Yo me colé disimuladamente en el hotel. Un empleado me indicó cuál era la habitación de Connery. Logré sorprenderle, apuntándole con mi pistola. Sin embargo, poco después, fue él quien trató de sorprenderme a mí, con la suya. Y faltó un pelo para que lo lograra. Disparamos los dos, aunque él lo hizo antes. Connery tallo, pero yo no. Le maté, Angela...

—Dios mío... —musitó la azafata.

—Se trataba de su vida o de la mía. No pude hacer otra cosa.

—Te creo, Bruce.

—Me temo que serás la única —¿Qué piensas hacer ahora?

—Atrapar a John Meeker. Si no logro que él confiese por escrito haber contratado a Ron Connery para que asesinara a George Weston, estoy perdido. Connery ya no podrá confesar nada.

—No te será fácil atrapar a Meeker, Bruce. Esos dos matones, Spicer y Moore, le protegerán.

—Si pudiéramos llegar a Cosmosville antes que ellos... Meeker y Moore ignoran que me hallo en Marte, sólo Spicer lo sabe.

—¿Continuará Spicer encerrado en el armario de su habitación?

—Seguro. Y seguirá allí, hasta que alguien le suelte. —Meeker y Moore no, pueden llevarnos mucha ventaja... —observó Angela.

—No, sólo unos minutes. Pero pueden ser suficientes, si su nave viaja a la máxima velocidad, como la nuestra.

—No creo que viajen a la máxima velocidad. Como tú acabas de señalar, ellos dos ignoran que tú te hallas en Marte. ¿Por qué razón

iban a forzar los motores de su nave, y exponerse a sufrir una avería?

—Eso es verdad, Angela —convino Bruce—. A Meeker y a Moore no les urge tanto como a nosotros llegar a Cosmosville.

—Llegaremos antes que ellos, ya lo verás.

—Si no nos fallan los motores… —murmuró Jenkins.

Angela rió.

—No seas pesimista, Bruce.

Desgraciadamente, Bruce Jenkins acertó de lleno. Sucedió cuando se hallaban a tan sólo unos trescientos kilómetros de Cosmosville.

La pequeña nave, inexplicablemente, comenzó a perder velocidad.

Jenkins maldijo en voz alta.

—¿Qué ocurre, Bruce? —preguntó Angela.

—Los motores están fallando.

—Oh, no…

—Perdemos rápidamente velocidad y altura. Tenemos forzosamente que aterrizar en este lugar.

—Qué mala suerte, Bruce…

—Sí, no parece que la fortuna quiera acompañarme esta noche. En fin, no hay más remedio que resignarse…

Segundos después, la nave tomaba tierra entre los gigantescos cráteres marcianos.

CAPITULO X

John Meeker y Perry Moore tuvieron más suerte, y su nave, cuyos motores no forzaron en ningún momento, llegó felizmente a Cosmosville.

Desde el aeropuerto, se dirigieron directamente al Galaxia Hotel.

Al no ver a Frankie Spicer por el vestíbulo, subieron a sus habitaciones.

El rubio Perry, a una indicación de Meeker, llamó a la puerta de la 182, la de Frankie.

Pasaron los segundos, y Spicer no abría.

—Parece que Frankie no está en su habitación, señor Meeker.

—¿Está cerrada la puerta por dentro?

Moore hizo girar el pomo, suavemente, y la puerta se abrió.

—No, no está cerrada con llave, señor Meeker.

—Ya lo veo —gruñó el gordo, empujando la puerta.

Meeker y Moore penetraron en la habitación.

Inmediatamente descubrieron las manchas de sangre que había en el suelo.

—Algo le ha ocurrido a Frankie, Perry.

—¿Bruce Jenkins?

—Apostaría mi mano derecha a que ha sido cosa suya.

—¿Qué habrá hecho con Frankie?

—Manteca de cerdo.

—¿Cómo? —pestañeó Moore.

—Que lo habrá molido a golpes, digo.

—Frankie sabe defenderse, señor Meeker.

—Esta vez no lo ha demostrado.

—Jenkins debió sorprenderle.

—Sí, ese condenado detective es capaz de sorprender a cualquiera... —suspiró Meeker.

De pronto, se escucharon unos golpes.

John Meeker y Perry Moore respingaron a un tiempo.

A un tiempo, también, extrajeron sus respectivas pistolas y se volvieron hacia el armario.

La del rubio Perry era de balas explosivas, como la de Frankie, ahora en poder de Bruce Jenkins.

La del gordo Meeker era un arma corriente, calibre 38, de reducido tamaño. Iba provista de silenciador.

Las pistolas de balas explosivas no necesitaban tubo silenciador, pues su detonación era muy leve.

Meeker y Moore intercambiaron una mirada.

El gordo le hizo una indicación al rubio, y éste avanzó cautelosamente hacia el armario.

Los golpes se repitieron.

Perry Moore abrió el armario de golpe, con la mano izquierda.

—¡Frankie! —exclamó, descubriendo a su compañero.

—¡Mmm...! —intentó hablar Spicer, sin conseguirlo, porque el pedazo de cinta adhesiva se lo impedía.

John Meeker trotó hacia el armario.

—¡Sácalo de ahí, Perry, rápido!

Moore se guardó el arma, agarró a su compañero por las axilas, y lo sacó del armario, arrastrándolo.

De un tirón, le arrancó la cinta adhesiva que le cubría la boca.

—¡Ay! —se quejó Spicer, arrugando la cara.

—¿Te he hecho daño, Frankie?

—¡Sí, maldita sea! ¡Me has despellejado los labios!

—Prepárate, porque yo voy a despellejarte todo lo demás —advirtió John Meeker, agarrándolo por la camisa.

—¡No, señor Meeker! —suplicó Spicer.

—Eres un inútil, Frankie.

—¡Jenkins me sorprendió!

—Debiste sorprenderle tú a él. Para eso te pago.

—No me golpee, señor Meeker... Bastantes golpes me dio ya ese bastardo de Jenkins...

—Tienes un moretón en la mandíbula, y las dos cejas partidas... —observó el rubio Moore.

—Sí, Perry... —murmuró Spicer, poniendo cara de víctima—. Y lo que no se ve...

—¿Qué es lo que no se ve? —gruñó Meeker.

—El hígado..., los riñones.. Me los machacó a patadas.

—¿Por qué tanto golpe?

—Jenkins quería que le dijese dónde se hallaba Connery...

—¿Se lo dijiste? —interrogó Meeker, entornando los ojos amenazadoramente.

Spicer se humedeció los labios.

—Soporté todos los golpes, pero cuando Jenkins dijo que iba a hacerme un desgraciado...

—¿Desgraciado?

—A darme un brutal punterazo donde usted sabe.

—¿En los...?

—Ahí.

—Ya.

—No tuve más remedio que decírselo, señor Meeker. Jenkins no amenazaba por amenazar, estaba dispuesto a desgraciarme de verdad.

John Meeker atirantó los músculos faciales.

—Debería desgraciarte yo, estúpido.

—Por favor, señor Meeker... —suplicó nuevamente Spicer—. Dígale a Perry que me suelte.

—Está bien, suéltalo —ordenó Meeker al otro matón.

—Gracias, señor Meeker —dijo Spicer, sonriendo tímidamente.

Mientras Perry soltaba a Frankie, John Meeker reflexionó profundamente, caminando por la habitación.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor Meeker? —preguntó Moore.

John Meeker se detuvo y miró a Spicer, quien va se había puesto en pie.

—¿Cuánto hace que estuvo Jenkins aquí?

El matón consultó su reloj digital.

—Alrededor de dos horas y media. Sólo unos minutos después de que usted y Perry saliesen del hotel.

Meeker reanudó su nervioso paseo.

—Dos horas y media... Ya no podemos hacer nada, sólo esperar.

—¿Esperar? —repitió Moore.

Meeker se detuvo otra vez y miró a los dos matones.

—Bruce Jenkins debió llegar a Astorville muy poco tiempo después que nosotros. Quizá cuando aún estábamos allí. Ya habrá estado en la habitación de Connery. Jenkins necesita una confesión de Connery,

pero no la conseguirá. Conozco b¡en a Connery… A estas horas, uno de los dos debe estar muerto. Por razones obvias, desearía que el muerto hubiese sido Jenkins. Eso nos crearía dificultades, pero bastantes menos de las que nos creará el detective, si el muerto ha sido Connery… De cualquier modo, pronto lo sabremos.

—¿Pronto? —murmuró Spicer.

—Sí, muy pronto. Si ha sido Connery el que ha acabado con Jenkins, no tardará en aparecer por aquí, para darnos cuenta de ¡o sucedido. Y si ha sido el detective el que ha liquidado a Connery, tampoco tardará en dejarse ver por el Galaxia Hotel. Muerto Connery, sin haber escrito y firmado confesión alguna, a Bruce Jenkins sólo le queda una solución: atraparme a mí y obligarme a confesar.

—Jenkins no conseguirá llegar hasta usted, señor Meeker —aseguró Moore.

—Nosotros no le dejaremos —añadió Spicer.

John Meeker sonrió.

—Al menos, no os falta voluntad… Pero no puedo estar absolutamente seguro de que Bruce Jenkins no logre ponerme la mano encima. Es un tipo de muchos recursos, lo está demostrando. Por eso, y por si Connery no ha podido con él, debemos pensar en cómo atraparle, cuando intente llegar hasta mí. Idear una trampa, para que Jenkins caiga en ella. Tiene que ser una trampa muy hábil, por supuesto. De lo contrario, el detective no caería en ella. Se admiten sugerencias, muchachos.

Spicer y Moore se miraron.

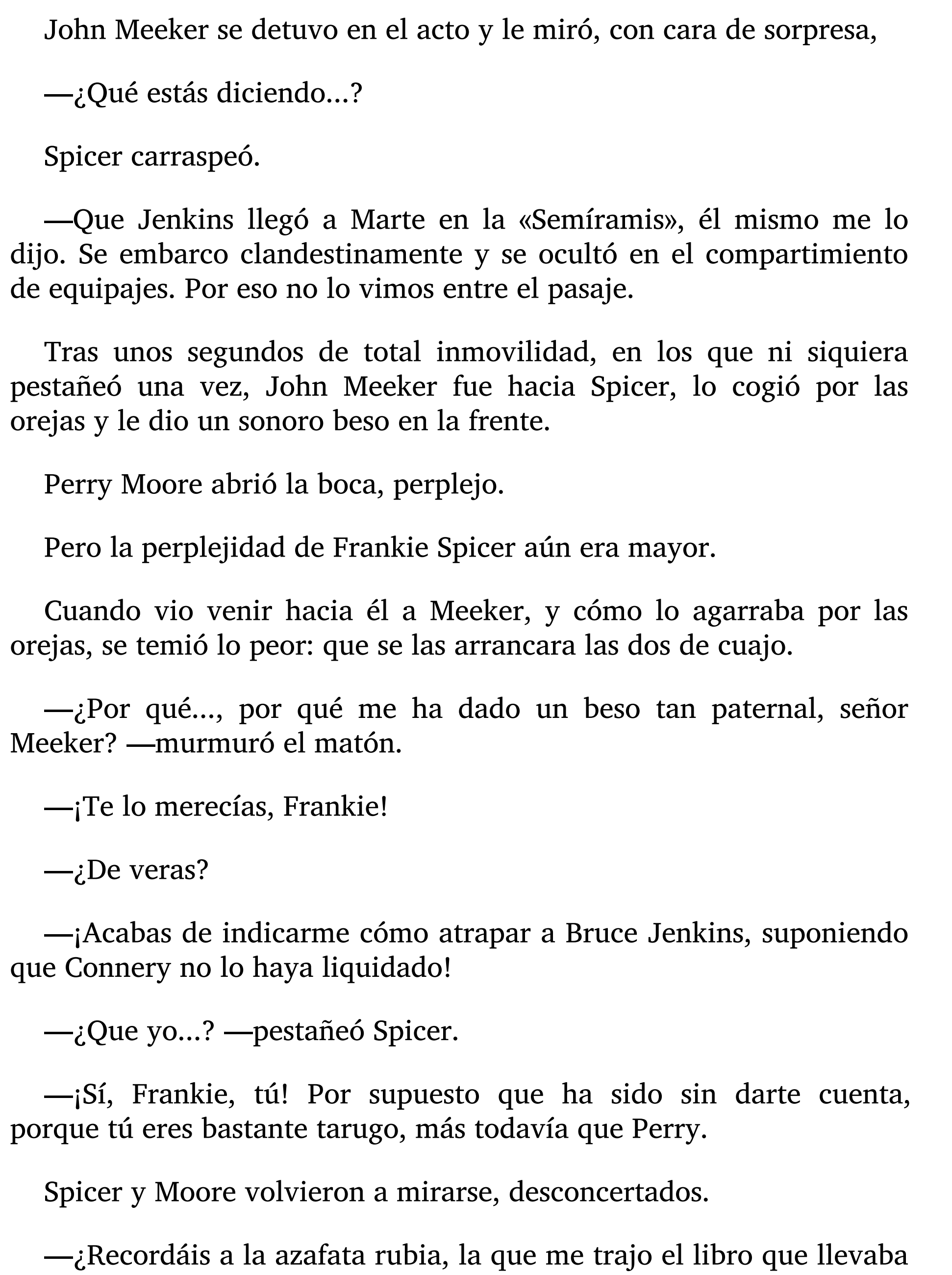
Pero pasaron los segundos y ninguno de los dos habló.

Meeker los miró con desprecio.

—Ya sabía yo que no se os ocurriría nada, mequetrefes —masculló, y empezó a caminar de- nuevo por la habitación, con las manos a la espalda, mirando al suelo.

De pronto, a Frankie Spicer se le ocurrió decir:

—¿Sabe que Bruce Jenkins viajaba en la «Semíramis», señor Meeker?



John Meeker se detuvo en el acto y le miró, con cara de sorpresa,

—¿Qué estás diciendo…?

Spicer carraspeó.

—Que Jenkins llegó a Marte en la «Semíramis», él mismo me lo dijo. Se embarco clandestinamente y se ocultó en el compartimiento de equipajes. Por eso no lo vimos entre el pasaje.

Tras unos segundos de total inmovilidad, en los que ni siquiera pestañeó una vez, John Meeker fue hacia Spicer, lo cogió por las orejas y le dio un sonoro beso en la frente.

Perry Moore abrió la boca, perplejo.

Pero la perplejidad de Frankie Spicer aún era mayor.

Cuando vio venir hacia él a Meeker, y cómo lo agarraba por las orejas, se temió lo peor: que se las arrancara las dos de cuajo.

—¿Por qué…, por qué me ha dado un beso tan paternal, señor Meeker? —murmuró el matón.

—¡Te lo merecías, Frankie!

—¿De veras?

—¡Acabas de indicarme cómo atrapar a Bruce Jenkins, suponiendo que Connery no lo haya liquidado!

—¿Que yo…? —pestañeó Spicer.

—¡Sí, Frankie, tú! Por supuesto que ha sido sin darte cuenta, porque tú eres bastante tarugo, más todavía que Perry.

Spicer y Moore volvieron a mirarse, desconcertados.

—¿Recordáis a la azafata rubia, la que me trajo el libro que llevaba en mi maleta? —preguntó Meeker.

—Sí, estaba tremenda… —dijo el rubio Perry.

—Las cinco estaban como para perderse en un cráter marciano con ellas —dijo Frankie, sonriendo.

John Meeker levantó las dos manos a la vez y les dio una sonora

bofetada a cada uno.

Spicer y Moore respingaron.

—¡Olvidaos ahora del físico de las chicas, estúpidos! —gritó Meeker, furioso.

—Yo ya me he olvidado, señor Meeker —dijo nerviosamente Moore.

—Y yo —dijo Spicer.

—Bien. La azafata rubia se llama Virginia Kendall, y se aloja en este mismo hotel. La vi en el vestíbulo, junto con otra azafata, cuando nos estábamos registrando en recepción. Averiguad cuál es su habitación y raptadla.

Spicer y Moore agrandaron los ojos.

—¿Que la raptemos...? —balbució el primero.

—¿Qué tiene que ver la chica con...? —inquirió el segundo.

—¡Esa azafata descubrió a Bruce Jenkins en el compartimento de equipajes, cuando fue por mi libro! —informó Meeker.

—¿Cómo lo sabe...? —preguntó Spicer.

—En primer lugar, porque tardó mucho en regresar con el libro. Y, cuando lo hizo, tenía una cara muy rara. Recuerdo que le pregunté si había visto un fantasma... Jenkins debió contarle su historia, la chica le creyó, y no le delató al comandante. Y seguramente le ayudó a salir de la astronave, también... Todo eso es muy de agradecer, ¿no os parece? Cuando Jenkins sepa que la tenemos en nuestro poder, y yo le advierto que la chica morirá si él intenta algo contra mí, se entregará sumisamente a nosotros, y ése será el fin de la historia.

—Y el de Jenkins... —murmuró Moore.

—Sí.

—Y el de la chica también, supongo... —dijo Spicer.

—Supones bien, Frankie —sonrió Meeker—. Ella está al corriente de todo, y eso es muy peligroso para nosotros. Lo más sensato es eliminarla.

—Estamos de acuerdo, señor Meeker —dijo Moore.

—Rápido, id por ella.

—¿La traemos a esta habitación? —preguntó Spicer.

—Sí.

—Vamos, Frankie —dijo Moore.

—Un momento, Perry, que coja, mi .pistola, Podríamos tropezamos con Jenkins.

Spicer rebuscó en su maleta.

—Ha desaparecido...

—Debió llevársela Jenkins —rezongó Moore.

—Seguro —dijo Meeker.

—No importa, llevo otra en el doble fondo de la maleta —dijo Spicer, y la sacó, guardándola en la funda que pendía bajo su axila izquierda—. Ya podemos irnos, Perry.

John Moore advirtió:

—En cuanto vosotros salgáis, cerraré la puerta con llave, y no abriré a nadie que no dé cinco golpes seguidos con los nudillos. Así sabré que sois vosotros. En marcha, muchachos.

Frankie Spicer y Perry Moore salieron de la habitación.

CAPÍTULO XI

Bruce Jenkins y Angela Hopper ya se habían puesto los trajes espaciales, las botas, los cascos, y las botellas de oxígeno, y ahora procedían a colocarse los cinturones-cohete.

En una bolsa, que el detective privado se había col gado al cuello, llevaban sus respectivas ropas y zapatos.

—¿Estás lista, Angela? —preguntó Jenkins, a través del micrófono incorporado al casco.

—Sí, Bruce —asintió la azafata.

—Salgamos de la nave, pues.

Bruce Jenkins abrió la puerta y ambos abandonaron la nave, pisando el arenoso suelo marciano.

Segundos después, accionaban los cinturones-cohete y se elevaban con rapidez, tomando la dirección de Cosmosville.

Llegaron sin novedad, aunque bastante después de lo que Bruce Jenkins hubiera deseado.

En el aeropuerto de Cosmosville dieron cuenta de la avería de la nave y del lugar en donde ésta había quedado.

Después de ponerse sus ropas, abandonaron el aeropuerto.

—Ahora debemos separarnos, Angela —dijo Jenkins.

—¿Por qué? —preguntó la azafata.

—Voy al Galaxia Hotel, en busca de John Meeker, y no quiero que él u sus matones te vean conmigo. Podría traerte complicaciones.

—Entiendo.

—Ve al Acuario Club y reúnete con Virginia.

—No creo que esté todavía allí.

—Si no está, regresa al hotel, métete en tu habitación, y no salgas de ella hasta mañana.

Angela Hopper sonrió maliciosa.

—No me gusta dormir sola, Bruce.

—Tampoco a mí, pero a veces...

La azafata le echó los brazos al cuello.

—¿Nos veremos más tarde, Bruce?

—Tal vez.

—Prométemelo.

—No depende de mí, Angela, sino de John Meeker y sus gorilas. Si logro mis prepósitos, te haré una visita.

—Habitación 202.

—No lo olvidaré.

—A ver si te confundes y te metes en la 201.

—Esa es la de Virginia —Por eso lo
digo.

—No hay cuidado. Virginia, a pesar de lo que tú dices, me echaría a patadas de su habitación.

—Simularía querer echarte, pero acabaría en tus brazos, estoy segura.

—Ojalá —se le escapó a Jenkins.

—¿Cómo has dicho?

El detective tosió.

—Que no puedo perder más tiempo, eso es lo que he dicho.

—Embustero.

—Guapa.

La azafata sonrió.

—Me gustas, Bruce.

—Y tú a mí, Angela.

Se besaron y luego se separaron, tomando cada cual una dirección distinta.

* * *

Bruce Jenkins llegó al Galaxia Hotel.

Se introdujo en él y subió a la tercera planta, que era donde estaban las habitaciones de Meeker y sus hombres.

También, aunque en un corredor distinto, las de Virginia Kendall y Angela Hopper.

De pronto, por el extremo del corredor que se disponía a cruzar Bruce, surgieron Frankie Spicer y Perry Moore.

Los matones se quedaron clavados al descubrir al detective.

Este también se había quedado parado.

Spicer y Moore, instintivamente, movieron las manos hacia las pistolas.

Bruce no movió la mano, sino las piernas.

¡Y cómo las movió!

Salió disparado, perdiéndose por la esquina del corredor.

No le interesaba liarse a tiros allí, en pleno corredor, con los gorilas de John Meeker.

Trataría de sorprenderlos, en otro lugar y en otro momento.

Spicer y Moore reaccionaron y echaron a correr en pos del detective privado,

Bruce se dijo que el mejor modo de burlar a los matones era introducirse en alguna habitación, cuya puerta no estuviese cerrada

con llave.

Al tercer intento dio con una así.

Bruce se coló rápida, pero silenciosamente, en ella, sin fijarse en el número, y cerró la puerta, aunque no del todo.

Dejó una grieta de un centímetro y aplicó el ojo a ella, para, ver pasar a Frankie y Perry.

Éstos pasaron sólo unos segundos después, corriendo velozmente.

Bruce no salió de la habitación.

Era mejor esperar unos minutos.

Bruce observó la habitación.

No pudo contener un respingo cuando vio el enorme baúl.

¡Se había metido en la habitación de la fea!

¡De aquella especie de espantapájaros con ombligo que semejaba un cráter marciano!

Afortunadamente, el andamio humano no se hallaba en la hábil ación.

¡Pero se hallaba en el cuarto de baño!

Bruce lo dedujo cuando escuchó un ruido en él.

Un grifo había sido abierto.

Se oía correr el agua.

¡La fea podía salir de un momento a otro!

¡Y se pondría a chillar como una loca, seguro!

«¡Ya te estás largando de aquí, Bruce!», se dijo a sí mismo el detective.

Y se dispuso a hacerlo.

Sin embargo, cuando iba a abrir la puerta, descubrió, por la pequeña grieta, a Frankie Spicer y Perry Moore.

Ya no corrían.

Caminaban.

Despacio.

Mirando continuamente hacia ambos lados del corredor.

Con las armas empuñadas.

Bruce se vio obligado a cerrar la puerta del todo, pues podían descubrirle.

Se produjo otro ruido en el cuarto de baño.

El grifo había sido cerrado.

Ya no se oía correr el agua.

Bruce, temiendo que la larguirucha de senos aplastados saliese y le sorprendiera, corrió sigilosamente hacia el baúl, levantó la tapa, y se metió en él, bajando ésta a continuación.

Menos mal que decidió ocultarse en el baúl, porque casi al memento se abría la puerta del cuarto de baño y Alice Owens salía de él, cubierta tan sólo con un corto camisón de gasa.

El camisoncito era una monada sí, pero...

Nada, la cusa no tenía remedio.

La profesora de Ciencias Naturales, que había ido al cuarto de baño a cepillarse los dientes, se acercó a la cama, se desprendió de las chinelas, y se acostó, cubriéndose sólo hasta la cintura.

Debió cubrirse cabeza y todo.

Cuando se disponía a apagar la luz, sus ojos tropezaron con el baúl.

Ello le hizo recordar lo ocurrido unas horas antes.

Un joven alto, atlético, muy apuesto, había salido de él.

Y Hoss, su socarrón hermano, no había querido creerlo.

El pensaba que todo había sido fruto de su imaginación.

Alice se mordisqueó el labio inferior.

¿Lo habría sido, realmente?

Empezaba a dudarlo.

Sí, tal vez Hoss estuviese en lo cierto.

Pero, ella lo había visto tan claro, tan real...

De pronto, tuvo una idea.

Sí lo sucedido antes había sido producto de su imaginación, muy bien podía volver a suceder.

Bastaría con levantar de nuevo la tapa del baúl.

Alice Owens, sin pensárselo dos veces, saltó de la cama y se acercó al baúl, cuya tapa atrapó.

Inspiró profundamente, porque se sentía muy nerviosa, y luego levantó la tapa, de golpe.

—¡Ay! —gritó, como la otra vez.

Y también, como entonces, soltó la tapa inmediata mente *y* dio un salto hacia atrás.

Bruce Jenkins no tuvo más remedio que abandonar su escondite.

Lo hizo con la sonrisa en los labios, diciendo:

—De nuevo debo pedirle disculpas, señorita. Porque es usted señorita, ¿verdad?

—Sí... —musitó Alice Owens.

—Lo suponía —dijo Bruce, con una ironía que la profesora de Ciencias Naturales no supo captar—. Bue- no, pues como le decía, debo pedirle de nuevo disculpas, señorita, por haberme escondido otra vez en su baúl. Es un baúl comodísimo, y no pude resistir la tentación de meterme nuevamente en él.

Alice Owens, que iba tranquilizándose por momentos, esbozó una tímida sonrisa.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—¿Quién?

—Usted.

—Me llamo Bruce.

—Yo, Alice.

—Es un placer conocerla, Alice —sonrió Jenkins, quien en seguida se dijo: «¡Eres un grandísimo embustero, Bruce!»

—Puede esconderse en mi baúl siempre que lo desee, Bruce.

—Caramba, muchas gracias.

Alice Owens retrocedió unos pasos y se sentó en la cama. Apoyó en ella las palmas de las manos, inclinándose ligeramente hacia atrás, y cruzó sus larguísimas y huesudas piernas.

La pose pretendía ser provocativa, pero la profesora era incapaz de provocar a nadie, por mucho empeño que en ello pusiera.

—Acércate, Bruce… —pidió, tuteándole ya.

—¿Que me acerque?

—Sí.

—¿A usted?

—Sí,

—¿Para qué?

Alice Owens sonrió de forma picara.

—¿Para qué va a ser, tonto?

Bruce, adivinando lo que la fea pretendía, carraspeó y dijo:

—Lo siento, pero tengo que irme. Me espera alguien, ¿sabe?

—Tú no puedes irte, Bruce,

—¿Que no puedo?

—No, porque tú no existes realmente.

El detective puso una cara muy rara.

—¿Que yo no...?

—No, Bruce. Tú sólo existes en mi imaginación. Por tanto, sólo puedes hacer lo que yo desee. Y lo que yo deseo, en este momento, es...

—No es necesario que lo diga

—Lo adivinas, ¿verdad?

Me temo que sí.

—Anda, ven...

—Otro día, ¿eh?

—No, ahora...

—Ahora no puedo, ya se lo he dicho —repuso Jenkins, corriendo hacia la puerta.

Alice Owens rió.

—Es inútil que intentes huir, Bruce. De nada te servirá salir de esta habitación. En cuanto lo hagas, volveré a levantar la tapa del baúl y te encontraré de nuevo en él.

—Está usted como una regadera, amiga mía —rezongó Jenkins, por lo bajo.

Como ya había alcanzado la puerta, abrió un par de centímetros y miró por la grieta.

Frankie Spicer y Perry Moore habían desaparecido.

—Bruce, cariño... —llamó Alice Owens, recostándose en la cama.

—Cállese, so chiflada —masculló Jenkins, en voz baja.

Abrió la puerta cautelosamente y asomó la cabeza, observando el corredor.

Estaba solitario.

La profesora volvió a llamarlo:

—Bruce, tu Alice te espera... No la hagas sufrir...

—Esta acaba en un manicomio, seguro —rezongó Jenkins, saliendo de la habitación y cerrando la puerta,

Alice Owens volvió a reír.

Unos segundos después, se levantaba de la cama, iba hacia el baúl y levantaba la tapa.

Al ver el baúl vacío, puso cara de extrañeza.

Bajó la tapa, deseó mentalmente, con todas sus fuerzas, que el apuesto Bruce apareciera en el baúl, y levantó de nuevo la tapa.

Al verlo tan vacío como antes, Alice Owen desorbitó los ojos y exclamó;

—¡Era de verdad...! ¡Era un hombre de verdad...!

Un segundo después, la profesora de Ciencias Naturales se derrumbaba, toda de una pieza.

Acababa de desmayarse...

CAPITULO XII

Virginia Kendall se había acostado ya.

Tenía una novela en las manos, pero no lograba concentrarse en la lectura.

Pensaba en Bruce Jenkins.

En John Meeker.

En los matones de John Meeker,

En el asesino de George Weston.

Y también en Angela Hopper...

Se había largado del Acuario Club, dejándola sola.

Virginia sospechaba por qué su amiga había hecho una cosa así.

Angela quería reunirse con Bruce.

¿Habría logrado encontrarle?

¿Se habrían divertido juntos?

¡Al diablo con los dos!

Enfurecida, aunque sin saber exactamente por que, arrojó la novela al suelo y apagó la luz, disponiéndose a conciliar el sueño de una maldita vez.

Un par de minutos después, llamaban a la puerta.

Virginia encendió la lámpara y se incorporó, quedando sentada en la cama.

¿Quién demonios podría ser?

Pensó, solamente, en dos personas: Bruce Jenkins y Angela Hopper.

Debía tratarse de alguno de los dos.

Con el ceño fruncido, saltó de la cama, atrapó su bata y se la colocó sobre el sucinto camisón de seda.

Acudió a abrir, descalza.

Se quedó muy quieta, cuando vio que no se trataba de Bruce Jenkins ni de Angela Hopper, sino de los matones de John Meeker.

Uno de ellos esgrimía una pistola.

—No grites, preciosa, y no te pasará nada —habló Perry Moore, que era quién apuntaba a la azafata con su arma.

Virginia no gritó.

Los dos gorilas se introdujeron en la habitación.

Frankie Spicer cerró la puerta.

Virginia Kendall, con las facciones recubiertas por una perceptible palidez, murmuró:

—¿Qué es lo que quieren?

—Que te vistas y nos acompañes —respondió el rubio Moore.

—¿Adónde?

—El señor Meeker desea hacerte unas preguntas.

—¿De qué se trata?

—El te lo dirá. Vamos, vístete.

—¿Delante de ustedes?

—Procuraremos no mirar —sonrió Spicer.

Pero ni él ni Moore se dieron la vuelta, claro.

Virginia Kendall fue hacia donde tenía su uniforme de azafata.

Se quitó la bata, de espaldas a los matones, y se colocó la breve falda y la ligera blusa, sobre el cortísimo camisón. Después, se puso las botas.

—En marcha, muñeca —indicó Moore, moviendo la pistola.

Spicer abrió la puerta.

Se llevó una sorpresa morrocotuda al ver, delante de él, a Bruce Jenkins.

Una fracción de segundo después veía un puño, que iba directo a su cara.

Y en ella estalló, con la potencia de un misil atómico.

Frankie Spicer emprendió una carrera hacia atrás.

A gran velocidad.

Como si pretendiera batir un récord.

Perry Moore se volvió velozmente hacia la puerta.

Más velozmente, todavía, se elevó la pierna derecha del detective, y con la punta del zapato golpeó con mucha dureza la mano del gorila, quien dio un grito de dolor y perdió el arma.

Acto seguido perdió otra cosa: dos dientes.

Y otros dos le quedaron bailando.

El puñetazo de Bruce Jenkins, en plena boca, había sido tremendo.

El matón cayó al suelo, con una fuerte hemorragia bucal.

Jenkins ya estaba dentro de la habitación.

Buscó con la mirada el arma que acababa de perder Perry Moore.

Estaba al pie del armario, lejos de donde él se encontraba.

En lugar de correr hacia ella, prefirió hacerlo hacia Frankie Spicer, porque éste, todavía en el suelo, se estaba llevando la mano a la axila izquierda.

—¡Apodérate de la pistola, Virginia! —gritó, mientras se arrojaba sobre Spicer.

La azafata, que se había quedado paralizada por la sorpresa, corrió hacia el armario y recogió el arma.

Mientras tanto, Bruce Jenkins le había propinado, dos buenos

golpes a Frankie Spicer, ambos en la cara, y éste se hallaba inconsciente

El detective le quitó la pistola.

—¡Cuidado, Bruce! —oyó gritar a Virginia.

Jenkins se revolvió.

Perry Moore ya se había incorporado y en aquel preciso instante se arrojaba sobre él, con cara de querer comérselo vivo, pese a que le faltaban dos dientes y tenía flojos otros dos.

Bruce hubiera podido perfectamente acabar con el matón de un balazo, pero no quiso disparar sobre un tipo desarmado.

Moore cayó sobre él y ambos rodaron por el suelo, golpeándose fieramente.

Virginia Kendall seguía, con los ojos muy abiertos, el desarrollo de la pelea. La mano diestra, la que sostenía la pistola de Perry Moore, le temblaba de un modo alarmante.

En realidad, todo su cuerpo temblaba.

Las cosas se le complicaron a Bruce Jenkins cuando Perry Moore le obligó a soltar el arma, propinándole un fortísimo golpe en la mano.

La pistola cayó a un metro escaso de ellos.

El matón quiso lanzarse sobre ella, pero Bruce no le dejó.

Moore, un tipo de una fortaleza extraordinaria, consiguió golpear entre los ojos al detective.

Este quedó momentáneamente atontado por el puñetazo.

Moore se libró de él y se arrojó sobre la pistola.

—¡Bruce! —chilló Virginia, asustada,

Perry Moore ya tenía el arma en la mano.

Apuntó rápidamente al detective, dispuesto a acabar con él.

Así lo entendió Virginia, quien, sin titubear, apuntó con la suya al matón y apretó el gatillo.

Afortunadamente para Bruce Jenkins, y para ella misma, no erró el disparo.

La bala se alojó en la espalda del rubio y estalló sordamente.

Perry Moore murió de forma instantánea.

Bruce Jenkins ya se estaba recuperando del golpe sufrido.

Al ver tendido de bruces a Moore, con la espalda llena de sangre, miró a Virginia Kendall.

La azafata seguía con la pistola en la mano, mucho más temblorosa que antes y alarmantemente pálida.

—Bruce… —musitó, con un hilo de voz.

El detective dio una rápida ojeada a Frankie Spicer.

Al comprobar que el matón seguía inconsciente, se puso en pie. recogió la pistola de éste, y se acercó a la azafata, de cuya pistola se apoderó también, antes de que la joven la dejase caer al suelo, lo cual estaba a punto de hacer.

Virginia se abrazó fuertemente a él.

Bruce la estrechó suavemente contra su pecho.

—Te debo la vida, Virginia.

—Ha sido un momento horrible, Bruce…

—Sí, pero ya ha pasado.

—Jamás había disparado sobre nadie.

—Sé cómo te sientes, Virginia. Yo me sentí igual, la primera vez que me vi obligado a disparar sobre alguien. El hecho de saber que se ha disparado sobre alguien que se lo merecía, consuela muy poco, ésa es la verdad.

La azafata levantó la cabeza y le miró.

—¿Cómo apareciste tan oportunamente, Bruce?

—Me dirigía a la habitación de John Meeker, cuando vi entrar en la tuya a Spicer y Moore. Me sorprendió, porque no sé para qué

diablos...

—Iban a llevarme con Meeker. Dijeron que deseaba hacerme algunas preguntas —explicó Virginia.

—Meeker debe sospechar que tú me descubriste en la «Semíramis».

—Sí, tal vez.

—Bien, no temas. Moore ha muerto, y Spicer está inconsciente. Ahora no me será tan difícil atrapar al cerdo de Meeker y obligarle a confesar que él contrató a Ron Connery, el tipo que asesinó a George Weston. Tengo que conseguirlo, porque Connery ha muerto.

—¿Le mataste tú, Bruce?

—Sí, no tuve más remedio. El disparó antes sobre mí.

—Qué horror, Dios mío...

—Sí, todo esto es muy desagradable.

—¿Qué voy a hacer yo, mientras tú vas por Meeker? No puedo quedarme aquí... —Virginia miró un instante el cadáver de Perry Moore.

—Ve con Angela.

—¿Angela?

—Sí. debe estar en su habitación

—¿Cómo lo sabes?

—Por la hora que es...

—¿No la has visto esta noche?

—Sí, claro. Cuando me la presentaste.

—Digo después.

—No, no he vuelto a verla.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentirte?

Virginia no dijo nada.

Bruce la llevó hacia la puerta y abrió.

—Anda, ve a ver si Angela está en su habitación.

Virginia salió al corredor y llamó a la puerta de su compañera.

A los pocos segundos, Angela abría, envuelta en un muy sugestivo camisón.

—Virginia... —oyó Bruce pronunciar a Angela, y rápidamente cerró la puerta de la habitación de Virginia.

Se guardó una de las pistolas y con la otra apuntó a Frankie Spicer, quien ya se estaba recobrando.

—Arriba, Frankie —ordenó Bruce—. Y si no quieres correr la suerte de Perry, llévame con Meeker.

Spicer, al descubrir el cadáver de su compañero, sintió un profundo estremecimiento.

—¿Le has matado tú? —murmuró.

—Sí —mintió Bruce—. Y estoy dispuesto a liquidarte también a ti, si no...

—Te llevaré con Meeker, Jenkins —dijo Spicer, poniéndose en pie.

—Vamos.

Salieron los dos de la habitación y caminaron por el corredor.

Al ver que Spicer se detenía ante la habitación 182, Bruce dijo:

—Esta es tu habitación, Frankie.

—Meeker está en ella —informó el matón.

—¿Por qué?

Spicer se lo dijo.

—Conque cinco golpes seguidos, ¿eh? Muy bien, Frankie, Ya sabes lo que tienes que hacer.

Spicer llamó a la puerta

Pese a que dio los cinco golpes convenidos, John Meeker abrió con muchas precauciones.

Al descubrir a Bruce Jenkins, quiso apretar el gatillo de su pistola, pero no le dio tiempo, pues el detective empujó violentamente a Spicer, y éste le arrolló, cayendo los dos al suelo.

Bruce se introdujo velozmente en la habitación y se apoderó del arma de Meeker, la cual había perdido el gordo en su caída.

—Se acabó el juego, Meeker —dijo, encañonándolos a los dos—. Ron Connery ha muerto. También Perry Moore. Y usted y Frankie les harán muy pronto compañía, a menos que confiese por escrito haber contratado a Connery para que asesinase a George Weston.

John Meeker, muy pálido, y haciendo un gallo con la voz, dijo:

—¡Papel y pluma, Frankie, rápido!

EPILOGO

La policía ya se había hecho cargo de John Meeker y Frankie Spicer.

También había sido retirado el cadáver de Perry Moore, y limpiado el suelo de la habitación.

Bruce Jenkins, Virginia Kendall y Angela Hopper se hallaban en la habitación de ésta, tomando una copa.

El detective privado consultó su reloj y dijo:

—Será mejor que nos vayamos a dormir, o mañana no habrá quien se levante.

—Estoy de acuerdo. Bruce —dijo Virginia.

—Bruce, tú no tienes habitación… —observó pícaramente Angela, que se había puesto su bata.

—Bajaré a recepción y solicitaré una —respondió Jenkins—. No creo que estén todas ocupadas.

—¿Y si fuera así?

—Tendría que alojarme en otro hotel, naturalmente.

Virginia Kendall sonrió misteriosamente.

—No te preocupes por eso, Bruce. Anda, ven conmigo —dijo, tirando del brazo del detective.

—¿Adónde lo llevas…? —preguntó Angela.

—No hagas preguntas tontas, Angela —dijo Virginia.

—Pero…

—Que descanses, Angela —sonrió burlonamente Virginia, sacando a Bruce Jenkins de la habitación de su compañera.

El detective se dejó llevar, frotándose las manos interiormente, porque estaba convencido de que Virginia Kendall iba a conducirle a su habitación.

Se equivocó.

Virginia se introdujo en su habitación, pero cuando él hizo ademán de entrar también, ella le puso una mano en el pecho.

—¿Adónde vas, Bruce?

—Bueno, yo pensé que...

—¿Que iba a dejarte compartir mi cama?

—Pues, sí...

—Te equivocaste.

—Virginia, me pareció entender que...

—Entendiste mal, Bruce. Si dije e hice lo que dije e hice, fue para evitar que la fresca de Angela te ofreciese compartir la suya.

—Le hubiera dicho que no.

—¿Estás seguro...? —preguntó la azafata, irónica.

—Absolutamente seguro.

—Angela es una chica muy atractiva.

—Tú también lo eres, Virginia. Y por ti siento algo más que una simple atracción física.

—No lo creo.

—Es la verdad. Y tú también debes sentir algo por mí.

—Te equivocas, no siento nada.

—Si fuera así, no te hubiera importado en absoluto que yo me quedara con Angela.

—Y no me importa, en realidad.

—¿Seguro?

—Seguro. Anda, vuelve con ella, si lo deseas.

Bruce sonrió.

—Prefiero quedarme contigo, y ya te he explicado los motivos.

—Estás perdiendo el tiempo, Bruce.

—Tú lo has dicho —repuso Jenkins, atrapándola por la cintura con un hábil movimiento de tenaza.

—¡Suéltame, Bru...!

Virginia Kendall no pudo acabar de pronunciar el nombre del detective privado, porque éste le selló los labios con un ardiente beso,

La azafata forcejeó.

Primero, con mucha furia.

Después, con menos furia.

Y, finalmente, con ninguna furia.

Dejó de forcejear y se entregó totalmente a la caricia.

Cuando el largo y apasionado beso concluyó, Bruce Jenkins dijo:

—Te quiero, Virginia.

Ella, con dulce expresión, confesó:

—Y yo a ti, Bruce.

Jenkins la empujó suavemente hacia el interior de la habitación y cerró la puerta. Entonces, la tomó en brazos, y después de besarla suavemente en los labios, rozándoselos apenas, preguntó:

—Puedo quedarme, ¿verdad?

—¿Tienes intención de casarte conmigo, Bruce?

—Desde luego. En cuanto regresemos a la Tierra.

—¿Palabra de caradura?

—Del mayor caradura de la galaxia.

—Puedes quedarte, Bruce —sonrió la azafata, y ahora fue ella la que besó al detective.

Bruce Jenkins le devolvió el beso.

Muy hábilmente.

A Virginia Kendall empezó a resultarle simpática la tal Yolanda *Besos Mi1*.

Pero que muy simpática...

F I N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
Impreso en España
PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.